

# **EL REINO DE CRISTO REY O MILENIO DE PAZ**

Es la clave de la historia de la Iglesia y el desenlace triunfal de la actual decadencia espiritual, moral y doctrinal del mundo y la Iglesia. Es la luz y la esperanza después de la gran Apostasía y su clímax con el Anticristo, que definen los últimos tiempos antes de la Parusía o gran manifestación de Cristo, en su segunda venida.

Estamos indudablemente en los últimos tiempos designados en las Sagradas Escrituras y que envuelven el universo con su atmósfera netamente apocalíptica. El Apocalipsis es la gran profecía de la revelación o manifestación de Cristo en su segunda y definitiva venida al fin de los tiempos, cuando las fuerzas del mal parezcan haber triunfado sobre el bien y la Iglesia, que aparecerá eclipsada y en manos de sus feroces enemigos a punto de sucumbir, pero divina y milagrosamente sostenida y reducida a unos pocos fieles esperando que el gran Rey venga del cielo a rescatar a su Iglesia y juzgue a sus enemigos, que la tienen como secuestrada esperando su pronta liberación por el Esposo amado.

Uno de los grandes signos de los últimos tiempos, entre otros, como la vuelta de la diáspora de los judíos cuando en 1948 entran en tierra santa después de casi 2000 años de exilio por el mundo; o la manifestación reiterada de la Bienaventurada Virgen María: Medalla Milagrosa 1830, La Sallette 1846, Lourdes 1858, Fátima 1917, Siracusa 1953, por nombrar las más conocidas y reconocidas por la Iglesia.

Las manifestaciones de la Virgen María a partir del siglo XIX son unos signos de los últimos tiempos, si nos atenemos al gran apóstol apocalíptico de los tiempos modernos San Luis María Grignon de Montfort.

Es una lástima que no se haya tenido suficientemente en cuenta la profunda significación apocalíptica de este gran santo del siglo XVII y de gran parentesco con la Fraternidad San Pío X fundada por Mons. Lefebvre de la Congregación del Espíritu Santo, la cual fundó Claudio Poullard des Places amigo del santo, entre quienes había un pacto apostólico. Poullard des Places formaría a los seminaristas para quienes San Luis expusiera las conferencias de lo que después sería el tratado sobre El Amor de la Sabiduría Eterna, y éste los tomaría para el apostolado, como se podrá apreciar: «Parece, desde luego, que El Amor de la Sabiduría Eterna sea el fruto de conferencias dadas por Montfort a los seminaristas de Poullard des Places durante su estancia en París en 1703-1704. En estos estudiantes él veía posibles colaboradores en la obra de las misiones y se comprende así la preocupación que tenía en darles una formación espiritual sólida y adaptada». (Oeuvres Complètes de Saint Louis-Marie Grignon de Montfort, ed. du Seuil 1966, p.87).

Según la tesis de San Luis Grignon, la manifestación de la B.V.M. estaba reservada para los últimos tiempos, como tan claramente afirma en el tratado de la Verdadera Devoción: «Por medio de María se comenzó la salvación del mundo, y por medio de María se debe consumir. María apenas se dejó ver en la primera venida de Jesucristo, con el fin de que los hombres, todavía poco instruidos e ilustrados sobre la persona de su Hijo, no se separasen de El aficionándose demasiado intensamente, imperfectamente a Ella, cosa que probablemente hubiera sucedido si

hubiese sido conocida, a causa de los admirables atractivos que el Altísimo puso aún en su exterior, y esto es tanta verdad, que San Dionisio Aeropagita nos dejó escrito que, cuando la vio, la hubiera tomado por una divinidad, en vista de sus secretos atractivos y de su belleza incomparable, si la fe que él profesaba no le dijera lo contrario. Pero en la segunda venida de Jesucristo, María ha de ser conocida y revelada por el Espíritu Santo, a fin de hacer por medio de Ella que los hombres conozcan, amen y sirvan a Jesucristo, pues entonces ya no subsistirán aquellas razones que obligaron al Espíritu Santo a ocultar a su Esposa durante su vida y a manifestarla sólo raras veces desde que se predicó el Evangelio». (Obras de San Luis María Grignon de Montfort, B.A.C. 1954 n° 49, p. 466).

Esta es la razón de lo poco mencionada en los Evangelios, razón apocalíptica si bien se mira.

Continúa el Santo en su tratado para que no quede la menor duda: «Dios quiere pues revelar y descubrir a María obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos». (Ibíd. n° 50, p. 467).

Estos últimos tiempos están relacionados con la Parusía o segunda venida del Señor, sobre lo cual no cabe ni la menor duda según expone el Santo: «Como es el camino por donde Jesucristo ha venido a nosotros la primera vez, lo será también cuando Este venga la segunda, aunque de diferente manera. (...) En fin, María ha de ser terrible al demonio y a sus secuaces como un ejército colocado en orden de batalla, principalmente en estos últimos tiempos, porque el diablo, sabiendo que tiene poco tiempo y mucho menos que nunca para perder las almas, redobla todos los días sus esfuerzos y sus ataques; suscitará en breve nuevas persecuciones y armará terribles emboscadas, a los servidores fieles y a los verdaderos hijos de María, a quienes les cuesta vencer mucho más que a los otros». (Ibíd. n° 50, p. 467-468).

Estos últimos tiempos apocalípticos relacionados con la manifestación plena de la Santísima Virgen están relacionados con el Anticristo y no como algunos distraídamente dilatan para más adelante u otra época; tal como dice San Luis: «De estas últimas y crueles persecuciones del diablo, que irán aumentando de día en día hasta que venga el reinado del Anticristo, es de las que principalmente se ha de entender aquella primera y célebre predicción y maldición de Dios, fulminada en el Paraíso terrenal contra la serpiente». (Ibíd. n° 51, p. 468).

Cuando el Santo escribió esto, pensaba que estas cosas sucederían próximamente y no como algo perdido en la lejanía de los tiempos y de la historia, como se puede apreciar en el siguiente texto: «He dicho que todo lo anteriormente expuesto sucederá principalmente al final del mundo y bien pronto...». (Ibíd. n° 47, p. 463).

Los anuncios apocalípticos no son para San Luis Grignon algo distante ni muy remoto sino algo próximo, luego toda interpretación que aleja la Parusía como algo remoto, distante, lejano a nuestra época es contrario a lo enseñado por este gran santo, puesto por Dios para ilustrarnos sobre los últimos tiempos, comparable con San Vicente Ferrer (el ángel del Apocalipsis como afirmó haciendo resucitar una muerta).

El Padre Faber en su prefacio al tratado de la Verdadera Devoción en 1862 deja indicada esta misma idea: «Semejante a San Vicente Ferrer, se adelanta, cual si estuviese en los días que precederán inmediatamente al juicio final, anunciando que trae de parte de Dios un mensaje auténtico de que se debe tributar un honor más grande, se ha de conocer más extensamente y se ha de amar más ardientemente a su Santísima Madre y de que este incremento de la devoción a María guarda íntima relación con la segunda venida de su hijo». (Ibíd. p. 436).

Es más, el P. Faber sabiamente, relaciona la Parusía con el reinado de Cristo, tal como hace San Luis desde el inicio en su Tratado de la Verdadera Devoción: «Examínela quien quiera por sí misma, y, cuando vea las transformaciones que produce en su propia alma, presto se convencerá de la casi increíble eficacia de esta devoción, como medio para la salvación de los hombres y para la venida del reinado de Cristo». (Ibíd. p. 438). La verdadera devoción de la Santísima Virgen tiene una connotación apocalíptica que le es esencial, y separarlos es tergiversar el mensaje de San Luis y adulterar la verdadera devoción a la Virgen María.

San Luis María inicia el tratado de la Verdadera Devoción relacionando el reino de Cristo y la Parusía, con la devoción a la Santísima Virgen, sin que pueda haber duda sobre ello: «Jesucristo vino al mundo por medio de la Santísima Virgen, y por Ella debe también reinar en el mundo». «Si, pues, es cierto que el conocimiento y el reinado que sólo se realizará esto como consecuencia del conocimiento y del reinado de la Santísima Virgen, que es la que lo trajo la primera vez al mundo y quien lo hará triunfar en la segunda». (Ibíd. n° 1, p.439 y n° 13, p. 444).

San Luis María muestra fehacientemente la conexión íntima entre los últimos tiempos y la devoción a María Madre de Dios. La manifestación de la Virgen María es un hecho que señala claramente los últimos tiempos apocalípticos de los cuales nos hablan las Escrituras.

Todas las manifestaciones marianas a partir del siglo pasado son una prueba de que estamos indudablemente en los últimos tiempos, en el fin de los tiempos que presagian la segunda venida de Cristo.

Desde 1830 en París se inician una serie de apariciones marianas que son un hecho irrefutable de encontrarnos en los últimos tiempos del Apocalipsis que no se puede dejar en silencio.

Nuestra Madre del cielo abre con la aparición de la Medalla Milagrosa en la Rué du Bac de París, una serie de apariciones y manifestaciones que anuncian la apertura de los últimos tiempos y que tal como San Luis María indican que son los reservados para la verdadera devoción.

París la capital de Francia nación descristianizada bajo la impiedad de la Revolución Francesa 1789 o mejor Revolución Judeo-masónica, fue escogida para derramar sus gracias como tierna madre ante la apostasía de una nación que fue gloria de la Iglesia en tiempos de San Luis Rey de Francia, y que se convirtió en precursora del anticlericalismo liberal.

Los rayos de luz de la imagen simbolizan las gracias acordadas al mundo entero y que los hombres no tienen en cuenta.

Con la Sallette, en Francia 1846, Nuestra Señora deja un mensaje netamente apocalíptico, donde anuncia el eclipse de la Iglesia, la pérdida de la fe, y en la misma Roma que no solo perderá la fe sino que además será la sede del Anticristo (más y peor no se puede decir). La concordancia con muchos capítulos del profeta Isaías y de todo el capítulo 24, como el Padre Combe en su libro *Le Secret de Mélanie et la Crise Actuelle*, escrito en 1906, sobre el carácter eminentemente apocalíptico de la Sallette, no deja duda ninguna, pues dice: «La profecía de la Sallette sola, basta para que estemos seguros de los eventos que anuncia. (...) La revelación de la Sallette es más que una revelación privada. Una revelación privada es dada principalmente para la instrucción y la santificación de la persona a quien ella es hecha o de algunos otros, pero la Sallette es para la instrucción y la santificación de toda la Iglesia. (...) Es la Gran Noticia, dijo la Bella Dama: es el Apocalipsis de María». (p. 194).

Para el P. Combre estamos ya en los últimos tiempos a los cuales se refiere la Sallette y que el título de su libro vislumbra de algún modo, además de traer la siguiente cita que comenta de Joseph de Maistre, el gran escritor francés del siglo XIX: « Es preciso estar preparados para un evento inmenso en el orden divino... Oráculos temibles anuncian que los tiempos han llegado». El agrega que la generación con la cual vivía no vería estas cosas: en consecuencia somos nosotros que los veremos. Lo oráculos a los cuales el gran pensador cristiano hacía alusión, esos oráculos que a pesar de su genio estudiaba, son las numerosas profecías, de las cuales unas más antiguas, otras más recientes, anuncian que nuestra época no acabaría sin un golpe terrible, tal que el mundo jamás había visto. Muchas otras profecías vinieron a confirmar después aquellas en las cuales de Maistre creían firmemente. Así pues, osemos decirlo lo que nos da la certeza absoluta de las predicciones terribles de la Sallette, no es únicamente la gran autoridad de esta profecía divina estrechamente ligada a la aparición que la Iglesia cree cierta, sino también que innumerables profecías muy respetables han anunciado estos mismos sucesos. Podemos afirmar que casi todos los videntes, después de más de un siglo, todos los personajes muertos en olor de santidad, todos los servidores de Dios declarados venerables por la Iglesia o ya beatificados o incluso canonizados, han profetizado la época desgraciada en la cual nos encontramos y anuncian que acabará por un relámpago de la justicia divina». (Ibíd. p. 187-188).

El parecer del Padre Combe confesor de Melania, gran conocedor de la Sallette por el contacto directo con la vidente es importante para tenerlo muy en cuenta, y nos sirva de apoyo en la comprensión del mensaje de la Sallette. Según la Sallette los últimos tiempos, la Gran Apostasía, la venida del Anticristo, el eclipse de la Iglesia y la pérdida de la Fe, aún en Roma convertida en Sede del Anticristo, son hechos relacionados entre sí y que no permiten separación, es decir están, conexos y no referidos a épocas o tiempos separados, sino a los últimos tiempos que culminarán con la Parusía.

Del Anticristo el P. Combe señala que su aparición no es lejana o remota, lo mismo que la gran apostasía que le precede: «...el anticristo no ha nacido, pero está cerca. Y la apostasía general que se prepara, predicha por el Apóstol San Pablo como debiendo preceder inmediatamente al hijo de perdición, prueba igualmente que no ha venido pero que está cerca: “No os dejéis seducir de nadie en ninguna manera; porque no será, sin que primero haya acontecido la apostasía y aparecido el hombre del pecado, hijo de la perdición”. (2 Ts. 2,3). Muchas profecías privadas anuncian la venida cercana del anticristo. Pero esta predicción es mucho más explícita y más clara en el Secreto mismo. Allí la Santa Virgen se ha manifestado en la Sallette Reina de los profetas, no menos que Reina de la Iglesia y de los Apóstoles». (Ibíd. p. 130-131).

El Anticristo será un poseso como aclara en una carta Melania al P. Combe: «se dice que el anticristo será el diablo encarnado, esto quiere decir que él será enteramente poseído». (Ibíd. p. 132).

Respecto al eclipse de la Iglesia anunciado en la Sallette, tenemos la siguiente precisión del P. Combe: «La Iglesia sería eclipsada. 1. No se sabrá cuál es el verdadero Papa. 2. El Santo Sacrificio cesará de ser ofrecido en las iglesias e incluso en las casas, de tal suerte que durante un tiempo, no habrá más culto para el público. Pero he visto, dice Melania, que sin embargo el Santo Sacrificio no cesará: se le ofrece en las granjas, las alcobas, en las bodegas y los sótanos». (Ibíd. p. 137).

Muy significativo, el eclipse de la Iglesia está relacionado de una parte con el Papa, pues Roma perderán la fe y será la sede del Anticristo no sabiendo cual es el verdadero Papa, sea que haya más de uno al mismo tiempo, sea que haya una serie, no sabiendo cuales son verdaderos o cuales no; de otra parte está relacionado con la Santa Misa que será abolida como culto público celebrándose a escondidas. La verdadera Misa es celebrada públicamente en pocos lugares actualmente, siendo abolida su celebración de las iglesias y catedrales de modo oficial.

Es más, el P. Combe señala el propósito de la masonería de tener un antipapa: «...sabemos hoy en día que la francmasonería a cambiado de táctica: su plan será tener un antipapa...». (Ibíd. p. 95). Luego no está excluida la posibilidad de tener uno o más antipapas gobernando la Iglesia que será eclipsada. El venerable Barthélemy Holzhauser en su comentario al Apocalipsis, Revelation du Passé et de l'avenir (1650), expresa la misma idea de un futuro antipapa destruyendo la Santa Iglesia Católica: « Del Antipapa abominable y perverso idólatra, que desgarrar la Iglesia de occidente y hará adorar la primera bestia (XIII-11-18). XIII, 11: «Vi enseguida surgir de la tierra otra bestia, y que tenía dos cuernos como de cordero, pero que hablaba como dragón.». Esta bestia es un falso profeta que anunciará al hijo de perdición como si fuera el Cristo, y será el brazo de ayuda por el cual el Anticristo operará cosas sorprendentes (...) “Tendrá dos cuernos como de cordero”, porque será un cristiano apóstata y que se elevará secreta y fraudulentamente (...) ocupará la sede pontifical (...)». (p.91).

Melania escribe en una de sus cartas (30 de septiembre 1894) que habrá 2 Papas dudosos: «Pero antes de ese tiempo de las tribulaciones últimas habrá dos veces

una paz de poca duración, dos Papas carcomidos, aplastados y dudosos». (Jean Vaquie, *Benedictinos et malédictions*, ed. D.M.N. 1987, p. 143).

De la cercana aparición del Anticristo, San Pío X dijo al inicio de su pontificado en su primera Encíclica *E Supremi Apostolatus* del 4 de Octubre de 1903: «Es indudable que quien considere todo esto tendrá que admitir de plano que esta reversión de las almas es como una muestra, como el prólogo de los males que debemos esperar en el fin de los tiempos; o incluso pensará que ya habita en este mundo el hijo de perdición de quien habla Apóstol».

En el libro del Padre Arminjon, que tanto ayudó a Santa Teresita colmando sus deseos de ciencia y sabiduría, al pie de página dice: «...hay que concluir que la opinión del evento cercano del Anticristo es más probable que la opinión que considera su advenimiento como lejano». (*Fin du Monde Présent et Mystere de la Vie Future -1881-* Office Central de Lisieux 1970, p. 63).

Y en este libro, en concordancia con la Sallette, se habla de la Iglesia sin piloto, o lo que es lo mismo, sin Papa o de un falso Papa (antipapa): «En el momento cuando la tempestad sea más violenta, cuando la Iglesia esté sin piloto, cuando el sacrificio no sangrante haya cesado en todas partes, cuando todo parecerá humanamente perdido, se verá, dice San Juan surgir dos testigos». (Ibíd. p.54-55).

Después del Sallette tenemos la aparición de Lourdes el 11 de Febrero de 1858. Al respecto nos dice el Padre y Doctor Iván Cadavid en su libro *El Llanto de María en Siracusa y la Incógnita de Nuestros Azarosos Días -1954-* :«Por tercera vez la Madre del cielo se presenta con el mismo mensaje al mundo y en la misma nación francesa tan amada de la Virgen, pero también la causante de los gérmenes disolventes de todas las sociedades mediante los principios de la revolución de 1789. Este mensaje de Lourdes parece que fuera la última llamada de la gracia en la Francia apóstata». (Ed. San Juan Eudes, ed.5 edición, Bogotá 1958, p. 61).

La aparición de Lourdes además de manifestar la Virgen: «Yo soy la Inmaculada Concepción», dogma por el cual en estos últimos tiempos del siglo presente quiere la Santísima Trinidad exaltar a la Madre de Dios, tal como indica San Luis Grignon, exhorta a la penitencia reiteradamente ante la impiedad de Francia apóstata y del mundo, que siguió su mal ejemplo.

El cuarto gran Mensaje y aparición de nuestra dulce Madre celestial tiene lugar en Fátima el 13 de Mayo de 1917: «Es necesario que los hombres se enmienden, y que pidan perdón de sus pecados»... «El tercer secreto se relaciona con el triunfo del Corazón Inmaculado de María... y que versa sobre algo terrible que antecederá al completo Reinado del Corazón de María». (Ibíd. p. 65).

«Post tenebras lux. Después de tan tenebroso castigo, vendrá el anunciado Reinado total de María y con él la paz, la virtud, la santidad... en el mundo». (Ibíd. p. 115).

Dios: « “reservó para los últimos tiempos el reinado de María”. “Si por María ha comenzado la salvación del Mundo (repetimos con San Grignon de Montfort), por María debe ser consumada”. Siendo María la vía por la cual Cristo ha venido a

nosotros por primera vez. Ella lo será también cuando venga la segunda». (Ibíd. p. 44).

El último mensaje reconocido por la Iglesia es el de Siracusa cuando en 1953 del 29 de Agosto al 1 de Septiembre no hizo más que llorar en silencio; y así: «Siracusa parece que sea el remate de todos los llamamientos celestiales». (Ibíd. p. 32), «...el llanto de la Virgen en Siracusa concuerda con muchas circunstancias anunciadas en varias profecías apocalípticas, y que él viene a ser una lógica conclusión de los mensajes Marianos dentro del reinado de la Virgen, fijado por varios santos profetas postestamentarios para los “últimos tiempos” (Grignon de Montfort, Juan Bosco, Ana Catalina Emmerick, y el mismo mensaje de Fátima)». (Ibíd. p. 92).

«Claramente podemos deducir que ese inconsolable llanto no es más que el epílogo de Fátima y, quizás, la corroboración de las profecías de la Sallette y de Heede, que a la vez, vienen a concordar con las demás profecías apocalípticas de San Malaquías, de don Bosco, de San Pío X, de San Gaspar Búfalo, de la Beata Ana María Taigi, etc.». (Ibíd. p. 83).

La gran promesa: «Al fin o finalmente mi Corazón Inmaculado triunfará» ¿qué significado tiene?: «Ahora faltaría el universal castigo, el “pequeño fin del mundo” que será corto pero terrible, pues según veremos, perecerían “las tres cuartas partes del mundo”. Cumplido semejante castigo vendrá el completo Reinado del Corazón Inmaculado de María: la paz, la tranquilidad y religiosidad que precederán al verdadero fin». (Ibíd. p. 32).

«María reemplaza ahora a los antiguos patriarcas y profetas. Recordemos a Lourdes, Fátima, etc. Esta su nueva e importante misión está de muy de acuerdo con las proféticas palabras de San Grignon de Montfort que dicen: «Así como María fue la vía por la cual vino por primera vez el Redentor al mundo, así Ella será nuevamente el camino de su segunda venida (La Parusía)», y agrega: «El Reinado de María está reservado para los últimos tiempos. En el mismo sentido se pronuncian San Juan Bosco, Santa Catalina Emmerick y los Mensajes Marianos especialmente la Sallette y Fátima». (Ibíd. p. 32).

«Todo parece indicar: 1. Que estamos en “el principio del fin”, o sea, que en esta cuarentena de años<sup>1</sup> que nos distancian del año dos mil post Christum, pueden verificarse las últimas batallas de la tierra y los últimos castigos a los mortales. 2. Que después de semejantes trastornos y pruebas, tendrá lugar aquí en el mundo ese reinado de justicia, tantas veces anunciado en las Sagradas Escrituras, y ahora en los Mensajes Marianos... Tanto el Apocalipsis (misterioso y alegórico), como los demás textos bíblicos, la misma profecía de San Malaquías y las hipótesis de algunos comentaristas, parecen convenir con los mensajes de la Virgen en un cierto juicio y universal castigo al mundo, del Juez Supremo, para purificarlo y disponerlo a su completo reinado aquí en la tierra». (Ibíd. p. 92-93).

El triunfo, al fin o finalmente, del Inmaculado Corazón de María, es el Reinado completo de Nuestra Señora, el cual se identifica con el Reinado total y perfecto de

---

<sup>1</sup> Esto fue escrito en 1954.

Cristo en la tierra, pues así como Nuestro Señor vino por María, así, vendrá y Reinará por María Santísima, como lo afirma San Luis Grignon, tantas veces.

Mons. Delassus habla también de un triunfo de la Iglesia después de la Apostasía una vez purificado el mundo y la Iglesia: «Una vez pasadas las tribulaciones y angustias, Dios purificará la Santa Iglesia y resucitará el espíritu de sus elegidos por un medio que escapa a toda previsión humana. Habrá después de todo esto, en la Iglesia de Dios, una reforma tan completa y una renovación tan dichas de santos pastores, que pensando en ello, mi espíritu se estremece en el Señor (...) la Esposa de Cristo está ahora como desfigurada (...) las naciones alejadas de la Iglesia, atraídas por el buen olor de Jesucristo, revendrán al redil y se convertirán al verdadero Pastor y Obispo de sus almas.

Agradeced al Señor por esta gran paz que se dignará dar al Iglesia después de esta tempestad». (La Misión Posthume de Saint Jeanne d'Arc et le Règne Social de Notre Seigneur Jésus-Christ, ed. Sainte Jeanne d'Arc. 1983, p. 352-353).

La verdadera y única Nueva Era del Reino social de Nuestro Señor Jesucristo la proclama Mons. Delassus con Santa Catalina de Siena y Santa Juana de Arco: «No parece que sea temerario pensar que después de esta dura y larga prueba, la cristiandad y el mundo entrarán en otro ciclo, el que Santa Catalina de Siena y muchos otros videntes han anunciado, el que las palabras y los actos de Juana de Arco habían preparado y que parece suspendido del día de su martirio al de su canonización: la era de la realeza de Nuestro Señor Jesucristo...». (Ibíd. p. 355-356).

Mons. Delassus se pregunta a su vez: « ¿Cuál será la duración de esa era? ¿Quién lo puede decir? Sin embargo sabemos que Dios ha ordenado todas las cosas, con medida, con nombre y con peso. Ahora bien, Dios a empleado cuarenta siglos para preparar el advenimiento del Hijo del Hombre, ¿esta preparación no parecería desproporcionada, si es la apertura de un reino que no tendría sino algunos años de duración? los años de gobierno de San Luis, tan pronto seguidos de una decadencia que terminará, en nuestros días, después de algunos resplandores, en la apostasía universal y al fin del mundo. Un sentimiento compartido por varios de aquellos que han intentado interpretar las revelaciones divinas consignadas en las Sagradas Escrituras, los lleva a creer que el reino de Cristo sobre todas las naciones se extenderá por largos siglos. Así mismo, fuera de las profecías mesiánicas y de su interpretación, espíritus eminentes tales como J. De Maistre, pensaron que lejos de estar en los últimos días del mundo, no estamos todavía sino en los primeros siglos de la Iglesia». (Ibíd. p. 356). Es decir que falta lo mejor, la consumación de todo en lo que sería el Reino Milenario de Jesucristo sobre la tierra, todos bajo un mismo Pastor formando un solo rebaño.

Por esto Mons. Delassus dice que estamos en el preludio del reino de Cristo: «Adoptemos esta suposición que estamos en los primeros siglos de la Iglesia, que todo eso que ha pasado después de la Pentecostés hasta nuestros días ha sido el preludio del reino del divino Redentor sobre todas las naciones...». (Ibíd. p. 357).



La Parusía es una promesa de esperanza: «Tenemos la esperanza que no es la República universal, que prepara la revolución material y moral que se efectúa hoy día en el mundo, sino la cristiandad restaurada, la cristiandad llegando a su perfección por el reino de Cristo, aceptado, acogido con gratitud y felicidad por todas las naciones: Unum ovile et unus Pastor». (Ibíd. p. 359). Esta es la gran promesa; la unificación universal en Cristo Rey, y no en el falso Ecumenismo de Vaticano II, y de Juan Pablo II que culminará en la falsa paz de Anticristo.

El Padre Emmanuel, tan conocido en Francia por su fama y santidad, habla del triunfo de la Iglesia después de la Gran Apostasía del Anticristo y de la Parusía de Nuestro Señor en los siguientes términos :«Dios ha querido que los destinos de la Iglesia de su Hijo único fuesen trazados por anticipado en las Escrituras... La Iglesia, debiendo ser en todo semejante a Nuestro Señor, padecerá, antes del fin del mundo, una prueba suprema que será una verdadera pasión... un drama exclusivamente religioso se desarrollará y envolverá al universo entero». (La Sainte Église, ed. Clovis, 1997, p.255-257). Mons. Lefebvre hizo el prefacio de los artículos inéditos que se publicaron antes de la edición de la obra que los compila.

«Jamás se habrá visto el mal más desenfrenado... La Iglesia, como Nuestro Señor, será librada sin defensa a los verdugos que la crucificarán en todos sus miembros; pero no será permitido de quebrarle los huesos, que son los elegidos... La prueba será limitada, abreviada a causa de los elegidos; y los elegidos serán todos los verdaderos humildes. Finalmente la prueba terminará por un triunfo inaudito de la Iglesia, comparable a una resurrección. En ese tiempo, y aun en medio de los preludios de la crisis suprema, la Iglesia verá convertirse los restos de las naciones. Pero su más viva consolación será el retorno de los judíos. Los judíos se convertirán, sea antes sea durante el triunfo de la Iglesia...». (Ibíd. p. 259).

Este triunfo de la Iglesia comparable a una resurrección o verdadera restauración o recapitulación de todas las cosas en Cristo Rey, como San Pío X consignó por lema, no tendrá lugar sino después de la impiedad y gran apostasía que culminará con el Anticristo, quien será derrotado por la Parusía del Señor: «Que nadie os engañe de ninguna manera. Pues es preciso antes que venga la apostasía y que se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición... Así el fin del mundo no vendrá, sin que antes se manifieste el hombre terriblemente malvado e impío, que San Pablo califica llamándolo el hombre de pecado, el hijo de perdición». (Ibíd. p. 261-262).

« ¿De cuál apostasía San Pablo nos habla? No se trata de una defección parcial; puesto que dice de una manera absoluta, la apostasía. No se puede entender desgraciadamente sino de la apostasía en masa de las sociedades cristianas, que social y civilmente renegarán de su bautismo; de la defección de esas naciones que Jesucristo, siguiendo la enérgica expresión de San Pablo, ha vuelto copartícipes a su Iglesia (Ef. 3,6). Únicamente, esta apostasía hará posible la manifestación y la dominación del enemigo personal de Jesucristo, en una palabra del Anticristo.» (Ibíd. p.262-263). Vemos que se trata de una Apostasía General o Universal por la defección en masa de los pueblos o naciones cristianas, o sea de la apostasía de las naciones de los gentiles, por renegar social y civilmente de la fe recibida por el bautismo, como hoy podemos apreciar, ante la defección de la fe en el mundo

entero, realizándose casi literalmente lo anunciado por Cristo en su segunda venida, y que el P. Emanuel señala: «Nuestro Señor dijo: ¿Pensáis que le Hijo del hombre, en su venida, encontrará la fe sobre la tierra? (Luc. 18,8). El divino Maestro veía declinar la fe en el mundo envejecido». (Ibíd. p. 263).

Envejecimiento o caducidad, decrepitud que según el mismo San Agustín señala en la Iglesia al fin de los tiempos, como podemos ver en el comentario de Misal de Dom Lefebvre: «Por fin Jesús termina su vida con el sacrificio del Gólgota, seguido muy pronto del triunfo de su resurrección; y la Iglesia, lo mismo que su divina Cabeza, se verá entonces vencida y clavada en cruz, aunque ella ganará la victoria decisiva. “El cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo mismo que el cuerpo humano, fue en un tiempo joven, aunque al fin del mundo tendrá una apariencia de caducidad” (S. Agustín)». (Tiempo después de Pentecostés, Exposición Histórica, 1938 p. 714).

Tal como advierte el P. Emmanuel no son los vientos (máximas del mundo) que hacen tambalearse la fe, sino que los pueblos católicos fascinados por la comodidad material, rechazan como inoportuna la fe, el dogma: «No es que los vientos del siglo puedan hacer vacilar esta llama inextinguible, sino que las sociedades embriagadas por el bienestar material, la rechazan como inoportuna.» (Ibíd. p. 263). Asombroso, pero esto hace pensar en el rechazo oficial de la Curia Vaticana de la Realeza de Cristo Rey, por juzgarla inoportuna, tal como lo manifestó el Nuncio de Berna, Mons. Marchioni el 31 de marzo de 1976 en Berna, a Mons. Lefebvre cuando le pregunto qué pasaba con el Reino Social de Nuestro Señor Jesucristo: «Usted sabe, ahora es imposible; ¿quizás en un futuro lejano? actualmente ese reino está los individuos; hay que abrirse a la masa... el Reino Social de Nuestro Señor es algo difícil actualmente...». (Le Destronaron ed. San Pío X, 1987 p. 102-103).

Increíble que un Nuncio portavoz de Roma y del Papa diga esto, increíble además la coincidencia con lo que señaló el P. Emmanuel, pero son hechos y los hechos hablan por sí mismos para quienes quieran ver.

¿Cómo no se va a caer en las garras del Anticristo? si, como advierte el P. Emanuel el poder político católico es el obstáculo<sup>2</sup> que impide su manifestación: «Le había [S. Pablo] mostrado sin ninguna duda el imperio romano transformado, un poder cristiano surgiendo en el lugar de un poder pagano, la autoridad de los Césares pasando a las manos de los bautizados que utilizaran para extender el reino de Jesucristo y habrá podido por esto, agregar: En tanto que durara este estado de cosas, permaneced tranquilos; el Anticristo no aparecerá ... Luego el poder político

---

<sup>2</sup> El obstáculo es por lo visto, según las palabras de San Pío X, el imperio de la verdad mantenido por la Iglesia, ya que dice: “*Cuando esta doctrina no pueda guardarse más incorruptible y que el imperio de la verdad no sea ya posible en este mundo, entonces el Hijo de Dios aparecerá una segunda vez, pero hasta este último día debemos mantener intacto el depósito sagrado y repetir la gloriosa declaración de San Hilario: ‘Más vale morir en este siglo que corromper la castidad de la verdad’*” (Pie X Jérôme Dal-Gal O.M.Conv. 1953, p.107-108). Y nosotros podríamos agregar: La Virginitad Inmaculada de la Verdad, que está siendo hoy paladinamente corrompida y hasta violada. El imperio de la verdad incluye todo lo que hasta ahora se afirmaba como lo que podría ser el obstáculo, el orden romano, la fe, la Santa Misa, etc.

cristiano es el que impedirá a la secta de llegar a su objetivo». (La Sainte Église, p. 266).

«Dándole la espalda a la fe, el mundo va hacia las tinieblas... Renegando de Jesucristo, es preciso que se caiga de buena o de mala gana en las garras de Satanás, así llamado el príncipe de las tinieblas. No puede permanecer neutro; no puede haber una independencia. Su apostasía lo pone directamente bajo el poder del diablo y de sus agentes. El docto Estius, estudiando el texto del Apóstol, dice que está apostasía comenzó con Lutero y Calvino. Este es el punto de partida... Hoy tiende a su consumación. Se llama la Revolución, que es la insurrección del hombre contra Dios y su Cristo. Tiene por fórmula el laicismo que es la eliminación de Dios y de su Cristo... Hace largo tiempo que reina una semiapostasía... ¿dejaremos, sí o no, nosotros bautizados, consumir la apostasía que traerá en poco tiempo el Anticristo?». (Ibíd. p. 263-264-265).

El Anticristo síntesis de todos los falsos profetas: «Está claro, según lo que procede, que el Anticristo se presentará al mundo como el tipo más completo de esos falsos profetas que fascinan las masas. Y que las llevan a todos los excesos bajo el pretexto de una reforma religiosa». (Ibíd. p.275).

Esto explica la fascinación que ejerce Juan Pablo II sobre las masas dirigiendo la reforma religiosa más espantosa que se pueda imaginar. Se comprende como Mons. Lefebvre pudo llegar a decir refiriéndose a Juan Pablo II que era o (parecía ser) el Anticristo, cuando dijo: «Creo que podemos hablar de descristianización y que estas personas que ocupan Roma hoy son anticristos». (Conferencia en Ecône del 14 de Sept. 1987).

La concordancia de las obras del Anticristo (Pseudoprofeta) con las acciones de Juan Pablo II son asombrosas, por lo que se puede ver de lo dicho por el P. Emmanuel: «Es muy creíble; también, que el Anticristo, conducirá, para elevarse, a todos los partisanos de las falsas religiones. Se anunciará como lleno de respeto por la libertad de cultos, una de las máximas y una de las mentiras de la bestia revolucionaria». (Ibíd. p. 281). ¿No vemos a Juan Pablo II proclamar la libertad religiosa y la libertad de cultos por todas partes, reuniéndose con todos los dirigentes de todas las falsas religiones en Asís 1986 y en el Vaticano en la Plaza de San Pedro en 1999? Y todo esto con la apariencia del cordero: «Tendrán la apariencia del cordero. Enarbolarán las máximas evangélicas de paz, de concordancia, de libertad, de fraternidad humana; y debajo estas apariencias propagarán el ateísmo más vergonzoso. Tendrán la apariencia del Cordero». (Ibíd. p.202).

Tal como lo proclaman Juan Pablo II y toda la jerarquía vaticana en nombre del Concilio Vaticano II. Y todo para proclamar con el judaísmo y sus engendros: el comunismo y el capitalismo, amalgamados en un sincretismo tecnócrata y social, el paraíso sobre la tierra, pues: «aseguran que la humanidad, en vía del progreso indefinido, encontrará un día su paraíso sobre la tierra». (Ibíd. p.314).

Para el P. Emanuel en el siglo XIX se estaba en el preludio de la crisis y de la aparición del Anticristo: «Estimando que asistimos a los preludios de la crisis que

llevará a la aparición del Anticristo sobre el escenario del mundo, nos guardamos de precisar los tiempos y los momentos... Podemos presentir la crisis final, viéndose urdir y desarrollarse bajo nuestros ojos el plan satánico del que será su coronación». (Ibíd. p. 344-345).

Hay toda una concatenación asombrosa que no se puede romper por un capricho o por prejuicios exegéticos, si somos fieles a la orientación clara y segura de San Luis Grignion. La devoción al Inmaculado Corazón de María está reservada a su plena manifestación para los últimos tiempos, y estos están caracterizados por la Gran Apostasía que culminará con el Anticristo, y este será derrotado por la Parusía del Señor, iniciándose el triunfo de la Iglesia con el completo reinado de Jesús y María sobre esta tierra. Esto que es tan simple, es negado por el prejuicio antimilenarista que ha invadido a los hombres de la Iglesia impidiéndoles ver con claridad. A continuación no haremos más que traer a colación los textos que nos permiten, una vez más, fundamentar lo afirmado.

En primer lugar San Luis Grignion misionero y profeta de grandes dotes espirituales no hace más que decir con insistencia, que solo uno que no quiera oír será sordo o uno que no quiera ver será ciego: «... el poder de María sobre todos los diablos brillará particularmente en los últimos tiempos, en que satanás pondrá asechanzas a su talón, es decir, a sus humildes esclavos y a sus pobres hijos, que Ella suscitará para hacerle la guerra. Serán pequeños y pobres según el mundo, y rebajados ante los otros como el talón, hollados y oprimidos como el talón lo es respecto de los demás miembros del cuerpo... [pero que] en unión de María, aplastarán la cabeza del diablo y harán triunfar a Jesucristo». (Op. Cit. n° 54, p. 470-471).

Y estos: «Serán los apóstoles verdaderos de los últimos tiempos, a quienes el Señor de las virtudes dará la palabra y la fuerza para obrar maravillas y obtener gloriosos trofeos sobre sus enemigos; dormirán sin oro, ni plata, y lo que es más, sin cuidados en medio de los otros sacerdotes, eclesiásticos y clérigos, intermedios cleros, y sin embargo, tendrán las alas plateadas de la paloma para ir con la pura intención de la gloria de Dios y de la salvación de las almas a donde los llama el Espíritu Santo...». (Ibíd. n°58, p.472).

San Luis Grignion asocia no solo a la Virgen María a la segunda venida sino que además esta segunda venida o Parusía de Cristo tiene por objeto el reinar en la tierra, como se puede ver en el siguiente texto: «... si mi amable Jesús con toda su gloria viene otra vez al mundo (como es cierto que ha de venir) para reinar en él, no escogerá otro camino para su viaje más que el de la divina María, por el cual tan segura y perfectamente ha venido la vez primera. La diferencia que habrá entre una y otra venida es que la primera fue secreta y oculta y la segunda será gloriosa y resplandeciente; pero las dos perfectas, porque las dos quedarán realizadas por María». (Ibíd. n°158, p.527).

Esta idea la encontramos, también en el n° 13, p.444 que más arriba ya citamos. En el libro sobre El Secreto de María, el Santo relaciona magistralmente la devoción a la Virgen con la segunda venida y el reino de Cristo: «Así, como por María vino Dios al mundo la primera vez en humildad y anonadamiento, ¿no podría también

decirse que por María vendrá segunda vez, como toda la Iglesia la espera, para reinar en todas partes y juzgar a los vivos y a los muertos? Cómo y cuándo, ¿quién lo sabe? Pero yo bien sé que Dios, cuyos pensamientos se apartan de los nuestros más que el cielo de la tierra, vendrá en el tiempo y en el modo menos esperados de los hombres, aun de los más sabios y entendidos en la Escritura Santa, que está en este punto muy oscura. Todavía, empero, debe creerse que, al fin de los tiempos, y tal vez más pronto de lo que se piensa, suscitará Dios grandes hombres llenos de Espíritu Santo y del espíritu de María, por los cuales esta divina Soberana hará grandes maravillas en la tierra para destruir en ella el pecado y establecer el reinado de Jesucristo su Hijo sobre el mundo corrompido...». (Ibíd. n°58-59, p.290).

Que no se diga que el Santo no es claro o no deja claramente expresado cuál es su pensamiento: por María llegará el reinado de Jesús al fin de los tiempos después de su Parusía. Tan es así, que primero había escrito el Santo como lo indica la nota al comienzo del Tratado de la Verdadera Devoción de la edición Francesa: «Montfort había primero escrito: por medio de la Santísima Virgen, fue que Jesucristo vino al mundo por la primera vez y también es por Ella que debe venir la segunda. María fue muy poco conocida en el primer advenimiento de su Hijo, pero debe serlo mucho más en el segundo. Si estuvo oculta en el primer advenimiento fue por una economía admirable, con el fin que su Hijo Jesús fuese más conocido. Pero Ella será revelada en el segundo a fin de que el reino de su Hijo, conocimiento perfecto y reino total, venga a la tierra». Pero es tan acendrado el sentimiento antimilenarista que ha invadido casi todos los intersticios en la Iglesia, que en las notas de las obras de San Luis María Grignon de Montfort editadas por la B.A.C. Madrid 1954, se ven obligados a espantar cualquier viso de milenarismo, mal entendido, (aún el espiritual y patrístico) sobre el texto del Santo que dice: «en la segunda venida de Jesucristo, María ha de ser conocida y revelada por el Espíritu Santo, a fin de hacer por medio de Ella que los hombres conozcan, amen y sirvan a Jesucristo; pues entonces ya no subsistirán aquellas razones que obligaron al Espíritu Santo a ocultar a su Esposa durante su vida y a manifestarla sólo raras veces desde que se predicó el Evangelio». A lo cual hace la siguiente observación: «...nada tiene que ver con las opiniones milenarista... Nada, pues, en las predicciones Montfortianas, que no sea conforme a la ortodoxia...». (Ibíd. Nota 77, p. 467).

El comentarista que considera, en definitiva, todo milenarismo fuera de la ortodoxia, no cae en cuenta, que entonces, los Santos Padres que profesaron el milenarismo espiritual o patrístico durante los primeros 4 o 5 siglos de la Iglesia (siendo doctrina común como muestra el P. Florentino Alcañiz en su obra *Ecclesia Patristica et Millenarismus*, Granada 1933), eran heterodoxos. Esto y escupir para arriba, es lo mismo. La persecución antimilenarista es un hecho que podemos ver por el siguiente comentario del P. Castellani para darnos una idea: «En resumen hay tres interpretaciones del Cap. XX, una condenada por la Iglesia, la de Kerinthos o sea el “milenismo carnal”, y dos no condenadas ni tampoco definidas, que son por tanto dos “opciones” libres. Pero hoy día hay una especie de conjura que impide la exégesis antigua y vuelve de hecho obligatoria la alegórica de San Agustín por medio de castigos o amenazas. ¿Y yo cómo lo sé? Primero por mí mismo, por la

experiencia propia que no puede mentir; porque a mí me acusaron de milenista y me siguen acusado, el Presbítero doctor, (que no es doctor), Mejía, y me han venido una cantidad de castigos por milenista pero sin decir que es por eso, castigos anónimos... y después por varias personas que he conocido, bastante eminentes, que han sido perseguidas por eso, por ser milenistas, de las cuales mencionaré las principales: P. Víctor Anzoátegui Doctor en Escritura por la Gregoriana de Roma. Se manifestó milenista. Dice libremente lo persiguieron sin descanso... 2° P. Antonio Van Rixtel S.C.J. Holandés, profesor de Escritura, hombre muy docto e inteligente... 3° P. Florentino Alcañiz hizo en Roma su tesis de Doctor en Escritura Sacra sobre “La Iglesia Patrística y la Parusía”, profesor del Seminario de Cerdeña y después del de Granada, al publicar su libro latino, estrictamente científico, en 1933 fue echado de sus cátedras y más tarde enviado a Buenos Aires, donde me regaló su tesis para que la tradujera... Muchos otros he conocido aunque menos de cerca, como el eminente escriturista jesuita P. Rovira, el que escribió el artículo “Parusía” en la Enciclopedia Espasa y otros...». (Catecismo para Adultos, ed. Patria Grande, Buenos Aires 1979, p. 179-180-181). Por todo esto no es de extrañar que la sola mención del término Milenarismo sea objeto de desconfianza y desprecio en los medios eclesiásticos actualmente; con el resultado desastroso que en vísperas de la Parusía, nos encontramos intelectual y espiritualmente desarmados, sin saber a qué atenernos en medio de la apostasía general de las naciones, y esto, es un hecho, muy lamentable por cierto. Además que los errores se pagan caros, según su transcendencia.

Para tener una noción sobre el Milenarismo (o Milenismo como indica el P. Castellani, porque milenarismo es gramaticalmente incorrecto)<sup>3</sup>, citaremos la tesis en latín *Ecclesia Patristica et Millenarismus* del P. Alcañiz de 1933 y que fue traducida y como enmarcada con sus comentarios por el P. Castellani al español: «El milenarismo puede distinguirse en tres clases, conforme se desarrolló en la historia: 1) El milenismo craso, o carnal, o judaico (Kerinthos o Cerinto); 2) El milenismo espiritual (exégesis patrística); 3) El mixto (muchos modernos). El segundo existió antes que el primero, pero no fue llamado “milenismo espiritual” sino después de la aparición de la herejía de Cerinto o Kerinthos; pues no había de quien distinguirlo entonces y era simplemente la exégesis común. 1- La herejía de Cerinto, cuyo nombre técnico exacto es (o debería ser) “kiliismo”, imaginó para los hombres justos después de su resurrección una vida de muchos siglos jubilosa, a la manera del Viejo Testamento (para no usar los epítetos feroces de San Jerónimo, al cual en nuestros días la UNESCO llamaría antisemita); o sea con matrimonios, procreación de hijos, circuncisión, venganza contra los infieles, sacrificios de animales y demás prescripciones de la Ley de Moisés; en fin, una vida no muy diferente de la actual mortal, pero mucho más próspera y feliz. Además este milenarismo interpreta en sentido literal crudo tanto la Ciudad de Jerusalén Nueva, que en San Juan y Ezequiel vimos como todas las demás promesas de los Profetas, las colinas manando leche y miel, grandes banquetes y festoleras, y que no. Todo eso se debería cumplir durante los Mil Años como compensación a los trabajos y dolores de los justos en este tiempo malo. Eso y no más es el Mesías. Como se ve, no difiere mucho del Reino de tierra terreno que los fariseos soñaban y

---

<sup>3</sup> Catecismo para Adultos, p.176

que pretendieron tacatata de Cristo. (...) 2- El milenarismo espiritual no atribuye a los justos resurrecciones ni bodas ni francachelas ni nada de lo que mandaba la Ley Mosaica, ni banquetazos que fueran o premio o necesidad de sustento; y todo lo que la Escritura con tropos o imágenes orientales promete de felicidad en el paraíso o en la Nueva Jerusalén declara que ha de entenderse simbólicamente, exprimiendo todo lo que aparezca como incongruo y a los Santos ridículo, pueril, o indecoroso. (...) 3- La tercera suerte de milenismo que llamamos “mixto” y otros llaman “mitigado”, no atribuye a los justos resurrecciones ni bodas ni triunfos militares ni carnavales ni restauración de los ritos del Antiguo Testamento; pero interpreta con literalismo la prosperidad terrenal y los bienes temporales que describen los Antiguos Profetas y se complace como si dijéramos en la restauración del Paraíso Terrenal. En esta doctrina se pueden hallar muchos grados según lo más por menos que los autores sus adeptos empristan de los otros dos milenismos polos, el espiritual y el craso. El milenismo craso, que se atribuye a Cerinto, abrazaron muchos herejes durante el período patrístico; y parece haber constituido un peligro en tiempo de Jerónimo y Agustín. El milenismo espiritual sostuvieron casi todos los Padres de los primeros siglos, hoy día muchos católicos, y siempre en toda la historia algunos teólogos, como veremos. El milenismo mixto sostuvieron algunos Santos Padres, aunque pocos de la primitiva Iglesia». (La Iglesia Patrística y la Parusía, ed. Paulinas Buenos Aires, p. 77-78-79-80).

Hay una interpretación que se confunde con la del milenarismo pero que no lo es, la cual es seguida entre otros por Cornelio Alápidé y Knabenbauer, como bien observan el P. Alcañiz y el P. Castellani: «Una posición que no es milenarismo -y suele a veces confundirse con él- fue sostenida por algunos Santos Padres y hoy día por no pocos teólogos y exégetas. Esta sentencia consiste básicamente en poner cierto lapso de tiempo más o menos largo (y en esto reina ingente variedad) entre el desastre del Anticristo y la segunda venida de Cristo; entonces, la Iglesia, en máxima difusión, santidad y gloria en todo el mundo conforme a las profecías». (La Iglesia..., p. 80).

El milenarismo espiritual fue la doctrina común y corriente de los primeros cuatro siglos de la Iglesia; que después cayó en el olvido por esas vueltas de la vida, por errores humanos en el que intervinieron grandes santos como San Jerónimo que por combatir (con toda razón) el milenarismo carnal, y para que no tuvieran un pretendido apoyo en San Agustín, ni aún lejano, lo presionó para que no interpretase literalmente el Apocalipsis y este se volcó a una interpretación alegórica, abandonando la interpretación literal que era el milenarismo espiritual, pero sin condenarlo jamás, como hoy se pretende por simple ignorancia como podemos apreciar por lo que el mismo San Agustín reconoce, después de cambiar su opinión: «De forma que porque dice la Escritura “que un día para con el Señor es como mil años, y mil años como un día”, habiéndose cumplido seis mil años como seis días, se hubiera de seguir el séptimo día como de sábado y descanso en los mil años últimos, es a saber, resucitando los santos a celebrar y disfrutar de este sábado. Esta opinión fuera tolerable si entendieran que en aquel sábado habían de tener algunos regalos y deleites espirituales con la presencia del Señor, porque hubo tiempo en que también yo fui de esta opinión. Pero como dicen que los que entonces resucitaron han de entretenerse en excesivo banquetes carnales en que

habrá tanta abundancia de manjares y bebidas que solo no guardan moderación alguna, sino que exceden los límites de la misma incredulidad, por ningún motivo puede creer esto sino las carnales. Los que son espirituales, a los que dan crédito a tales ficciones, los llaman en griego Quiliastas, que interpretado a la letra significa Milenarios». (La Ciudad de Dios, lib. 20 cap.7).

De esto se ve que todo el problema del Milenarismo no está en esperar el Reino de Cristo en la tierra después de su Parusía o Segunda venida, sino que está como el gran San Agustín afirma, en la carnalización o bajezas carnales que constituyen no solo un craso y grosero error sino además una herejía intolerable.

Pero de aquí, a pasarse de revolución (o de rosca) y condenar como herético todo milenarismo, no solo es un error tan craso y grosero como el anterior, sino también es una herejía, pues sería condenar a la Iglesia primitiva y a los Santos Padres que sostuvieron creyendo tranquila y pacíficamente el Milenarismo Patrístico o espiritual.

De esto atestigua el P. Castellani al explicar: «Hay 3 milenios (como hay que decir, porque milenarismo es incorrecto gramaticalmente). Uno es el milenarismo espiritual que consiste simplemente en interpretar literalmente lo que dice San Juan en el Apocalipsis -Nada más-. Tomar eso como cosa que va a pasar, por difícil o rara que parezca. Así entendieron ese capítulo casi todos los Padres de los cuatro primeros siglos, desde el primer siglo en que todavía Vivían los Apóstoles. Creían tranquilamente que iba a haber un Reino de Mil Años; y que la Iglesia va a ser en el sumamente próspera y va a ser regida de hecho por Jesucristo, después de la Parusía o sea después de que Jesucristo haya bajado a vencer el Anticristo. San Justino Mártir, San Ireneo, Tertuliano, Lactancio, San Ambrosio y San Agustín joven así lo entendieron. Yo he traducido del latín todos los testimonios a la letra y todos los autores en fila, que me facilitó el P. Florentino Alcañiz, en el libro “La Iglesia Patrística y la Parusía”. Todo eso hubiera seguido así sin duda, sino fuera por el tropezón del milenismo carnal. Un judío llamado Kerinthos o Cerintos (siglo IV) fundó una secta herética sobre una interpretación judaica y grosera del capítulo XX que tuvo mucho séquito y fue condenado por Eugenio IV en la Bula “*Cantate Domino*” (1441) junto con una retahíla de herejes (los Ebionitas, Arrio, Pablo de Somosata, etc.) pero no precisamente por el milenismo carnal sino por haber negado la Divinidad de Cristo, (ver Denzinger n° 710), pero el milenismo carnal fue condenado también, no por un Papa o Concilio, sino por lo que llaman el “Magisterio Ordinario de la Iglesia”».

«De Kerinthos no nos queda una sola palabra; y lo que sabemos de él viene de los Doctores que lo combatieron, sobre todo San Jerónimo. Dicen que predicaba un triunfo grandísimo de los judíos los cuales iban a dominar el mundo entero y vengarse de sus enemigos y gozar de grandes francachelas y festines. Algunos añaden que, según el Kerinthos este, gozarían también de abundantes placeres sexuales. Esto no es seguro, San Agustín lo omite. Sabemos lo que dijo por los Santos Padres que lo refutaron y nada más. Entonces pasó algo curioso: San Jerónimo, desde Palestina, donde la nueva Herejía crecía mucho, escribió a San Agustín que era jovencito y lo veneraba, reprendiéndolo acremente porque con su



sermón 259, donde San Agustín decía que él era milenista, “ayudaba a la herejía” que él denominaba “fábulas judaicas” y exhortándolo a interpretar de otro modo el Apocalipsis. Lo asustó a San Agustín y este inventó una “interpretación alegórica” del capítulo XX del Apocalipsis, que (Dios me perdone porque me cuesta decirlo), es una patochada y un tropezón del Santo Doctor tan grande como su talento. Hace llorar cuando uno lo lee en el libro 20 del “Civitate Dei” y uno se avergüenza por San Agustín (no de)».

«Para decirlo breve, el capítulo XX del Apocalipsis sería una poesía, pero si así es ¿qué impide que el resto del Apocalipsis y aún toda la Escritura sean alegorías, o sean poesía? Según esa interpretación el triunfo de la Iglesia es este triunfo que nosotros conocemos y que no es muy triunfante. En el cielo es triunfante pero acá no. Los tronos de los 12 Apóstoles que van a juzgar a todos los hombres son las sedes de los obispos y así va diciendo todo el resto... el demonio que es retirado por un Ángel y encadenado por mil años dice que significa que ahora el demonio no tiene mucho poder y fuerza para tentar a los hombres; y eso no es cierto. Tiene una fuerza bárbara ahora. Y así continuamente lo interpreta todo alegóricamente, deshace la profecía de la Escritura y expone a la Escritura a ser derribada toda convirtiéndola en poesía y para peor, mala poesía, como dijeron los impíos como Aldous quien observó que la Escritura era poesía un poco salvaje de los tiempos de la Edad de Piedra y atacó a la Biblia diciendo que no valía nada y que era poesía mala. De manera que esa interpretación alegórica es una caída de San Agustín por consideración a San Jerónimo, él hizo esa interpretación nueva y dijo: “Yo no digo que esta sea la interpretación única posible; hay otra, y esa otra no me atrevo a condenarla porque ha sido seguida por muchos Santos y Muchos Mártires”. Y San Jerónimo, que estaba furioso contra los milenistas de su tiempo, dice lo mismo: “No nos atrevemos a condenar el milenismo porque lo han seguido muchos Santos y Doctores y Mártires”. Y resulta que ahora se atreven; hay mucha gente que condena el milenismo puro y trata de hacer castigar a los que los siguen. No son lo mejor de la Iglesia Católica ni como ciencia, ni como calidad los que hoy día tienen una especie de conjura contra el milenismo espiritual». (Cat. p. 176-177-178).

Condenar el Milenarismo espiritual es condenar la Iglesia primitiva de los cuatro primeros siglos y eso es imposible, pues como bien señala el P. Castellani: «...la Iglesia no condenará jamás la opinión patrística por la misma razón que rehusaron condenarla San Agustín y San Jerónimo por haberla tenido muchos Santos Padres y Mártires (dicen ambos); o sea que no va a serruchar la rama donde está sentada, que es la tradición; que es lo que hicieron los protestantes». (Cat. p.181-182).

Menéndez y Pelayo en su renombrada obra Historia de los Heterodoxos Españoles libro VI Capítulo IV dice respecto al milenarismo y al P. Lacunza después de la interrogación, ¿Puede contarse entre los heterodoxos españoles al padre Lacunza? : «Tradicón antigua y venerable así de los hebreos como de los cristianos, aceptada y confirmada por algunos de los Padres apostólicos y por el apologista San Justino, afirmaba que el estado presente del mundo perecerá dentro del sexto millar. Para ellos, los seis días del Génesis eran, a la vez que relato de lo pasado anuncio y profecía de lo futuro. En seis días había sido hecha la fábrica del mundo y seis mil años había de durar en su estado actual, imperando luego justicia y bondad sobre la

tierra y siendo desterrada toda prevaricación e iniquidad. Este séptimo millar de años llamase comúnmente el reino de los milenaristas o chiliastas. San Jerónimo (sobre el c.20 de Jeremías) no se atrevió a seguirla ni tampoco a condenarla, ya que la habían adoptado muchos santos y mártires cristianos, por lo que opina que a cada cual es lícito seguir su opinión reservándolo todo al juicio de Dios. Lo que desde luego fue anatemizado es la sentencia de los milenarios carnales, que suponían que esos mil años habían de pasarse en continuos convites, francachelas y deleites sensuales. El parecer de los milenarios puros o espirituales tuvo en el siglo XVIII un defensor fervorosísimo en el jesuita chileno padre Lacunza, uno de los desterrados, varón tan espiritual y de tanta oración, que de él dice su mismo impugnador, el P. Bestard, que “todos los días perseveraba inmóvil en oración por cinco horas largas, cosido su rostro con la tierra”. (...) La obra desde 1824, fue incluida en el Índice de Roma, razón bastante para que quedara con nota y sospecha de error. Pero no todo libro prohibido es herético; (...) ocurrese desde luego esta pregunta: ¿Fue condenada La Venida del Mesías por su doctrina milenarista o por alguna otra cuestión secundaria? (...) todos sabemos que la cuestión del milenarismo (del espiritual se entiende ) es opinable, y, aunque la opinión del reino temporal de Jesucristo en la tierra tenga contra sí a casi todos los padres, teólogos y expositores desde fines del siglo V en adelante, comenzando por San Agustín y San Jerónimo, también es verdad que otros Padres más antiguos la profesaron y que la Iglesia nada ha definido, pudiendo tacharse, a lo sumo, de inusitada y peregrina la tesis que con grande aparato de erudición bíblica y con no poca sutiliza de ingenio quiere sacar a salvo el P. Lacunza. No ha de tenerse por herejía el afirmar, como él lo hace que Jesucristo ha de venir en gloria y majestad, no sólo a juzgar a los hombres, sino a reinar por mil años sobre sus justos en el mundo renovado y purificado, que será un como traslado de la celestial Sión».

Esta justa y sabia consideración de Don Marcelino Menéndez y Pelayo que se debiera tener presente para no pecar por ignorancia, la cual suele ser siempre un poco atrevida, es lo mejor que se ha escrito sobre el milenarismo según opinión del P. Castellani, como se deja ver: «Menéndez y Pelayo en el Cap., IV del libro VI de Heterodoxos, que escribió sobre Lacunza, que es uno de los mejores exegetas modernos de la Escritura y el mayor milenista que hay actualmente (los mayores fueron los primeros Padres de la Iglesia), escribió un apéndice al Cap. IV del libro VI el cual es lo mejor que se ha escrito sobre Lacunza y sobre el milenismo, y ahí dice: “como todos saben, el milenismo espiritual o puro es una opinión libre”. Bueno, esto no todos lo saben y hoy día algunos no quieren saberlo». (Cat. p.179).

Bástenos todo esto para no continuar con los prejuicios sin sentido contra el milenarismo espiritual, que debiera ser objeto de nuestra esperanza, como lo fue en la Iglesia primitiva, la ansiosa y ardiente espera de la Parusía del Señor y gracias a ello el fervor y la santidad de los primeros fieles se mantenían elevados. Hoy en medio de una crisis de fe sin precedentes históricos en la Iglesia, lo único que nos daría y mantendría en medios de las tinieblas y defecciones en la fe, signo de los últimos tiempos, se nos arrebató la fuente de vida y esperanza en el retorno glorioso de Nuestro Señor Jesucristo.

La noción o idea de triunfo es algo que campea en medio de la Iglesia y sus fieles, la cuestión es el cómo se dará dicho triunfo, y la cuestión crucial es si será por la intervención directa de Cristo Rey, por su aparición y su reino (II Tim 4,1), o sin esta intervención.

Sabemos que para San Luis Grignon de Montfort, el triunfo es por la Parusía y a través de la Virgen María, baste recordar lo que insistentemente dice: «Si, pues, es cierto que el conocimiento y el reinado de Jesucristo en el mundo deben llegar, no lo es menos que sólo se realizará esto como consecuencia del conocimiento y del reinado de la Santísima Virgen, que es la que lo trajo la primera vez al mundo y quien lo hará triunfar en la segunda». (Op. cit. n° 13, p. 444).

Las palabras de San Pablo «Te conjuro delante de Dios y d Jesucristo, que ha de juzgar vivos y muertos, por su aparición y su reino». (II Tes. 4,1), San Luis María las entiende dentro del siguiente contexto apocalíptico y milenarista: «Así como por María vino Dios al mundo la primera vez en humildad y anonadamiento, ¿no podría también decirse que por María vendrá segunda vez, como toda la Iglesia le espera, para reinar en todas partes y juzgar a los vivos y a los muertos?». (Secreto de María, n°58, p. 290).

No cabe la menor duda del pensamiento y sentir de San Luis María, salvo si se tiene el prejuicio del veneno antimilenarista, pues la misma idea reaparece nutriendo toda su espiritualidad: «...y si mi amable Jesús con toda su gloria viene otra vez, al mundo (como es cierto que ha de venir) para reinar en él, no escogerá otro camino para su viaje más que el de la divina María, por el cual tan segura y perfectamente ha venido la vez primera». (Ibíd. n° 158, p. 527).

San Luis María identifica Parusía y reino de Cristo, y esto es milenarismo espiritual o patristico. El triunfo es según el Santo después de la Parusía y no antes como es la otra interpretación que espera un triunfo pero sin la segunda venida de Nuestro Señor, otros como Cornelio Alápide, Knabenbauer, etc., esperan un triunfo después de la derrota del Anticristo, pero antes de la Parusía.

Todos esperan y hablan de un triunfo, unos sin ninguna intervención divina y son los evolucionistas, esperan un triunfo por las solas fuerzas inmanentes de la historia y del tiempo; otros admiten una intervención divina por lo menos para la derrota del Anticristo y de su reino inicuo de falsa paz y prosperidad, y colocan el triunfo entre esta derrota del Anticristo y la Parusía, es decir, después del Anticristo y antes de la Segunda Venida del Señor; otros colocan el triunfo después de la Parusía, a la cual antecede todo lo anunciado para los últimos tiempos: Gran Apostasía y Reinado del Anticristo. Pero el triunfo es antes del fin del mundo, es decir, todo el tiempo que va desde la Parusía hasta el fin del mundo, y esto son los milenaristas espirituales.

Recordemos la oración Abrazada de San Luis María que es eminentemente apocalíptica y milenarista, aquí unos trozos: «Es tiempo de hacer lo que habéis prometido, vuestra divina Ley es quebrantada; vuestro Evangelio, abandonado; torrentes de iniquidad inundan toda la tierra y arrastran a vuestros siervos; toda la tierra está desolada; la impiedad está sobre el trono; vuestro santuario es profano y

la abominación se halla en lugar santo. ¿Lo dejáis abandonado así todo... No es menester que vuestra voluntad se haga en la tierra como en el cielo y que venga vuestro reino? ¿No habéis mostrado de antemano a algunos de vuestros amigos una renovación futura de vuestra Iglesia?... Las criaturas todas, aún las más insensibles, gimen bajo el peso de los pecados innumerables de Babilonia y piden vuestra venida para restaurar todas las cosas». (Op. cit p. 597).

Está más que claro, que el triunfo ha de venir por la intervención de Cristo en su Parusía para San Luis María, lo cual excluye el triunfo antes de la Parusía, pues además el triunfo es el reino de Cristo en la tierra después de su segunda venida; el Santo identifica a lo largo de sus escritos Parusía, Triunfo, Reino. Los que no ven esto no ven nada y nada comprenden sobre San Luis María.

Prueba del prejuicio antimilenarista, o simple miedo a todo lo que pueda oler a milenarismo son las notas de la edición de la B.A.C. de las Obras Completas de San Luis María Grignon, que quieren descartar a toda costa cualquier identificación del Santo con el milenarismo, como podemos apreciar en una de las notas al Tratado de la Verdadera Devoción: «Sabido que los escritos de San Luis de Montfort están especialmente aprobados y recomendados por la Iglesia, nadie habrá que piense que se encuentre en ellos un error por ella condenado, como es el milenarismo carnal. Pudiera, sin embargo pensarse que participa el piadosísimo autor del milenarismo espiritual admitido por algunos Santos Padres y seguido aún por varios escritores modernos, pero desechados generalmente por los teólogos. Más no parece que en tal sentido puedan interpretarse las predicciones de nuestro santo», y continúa la larga nota donde se ve una mezcolanza de ideas y conceptos confusos que denotan el enredo que reina sobre lo que es verdaderamente el milenarismo espiritual, donde se lee más adelante, con el afán de desechar todo milenarismo: «Pero este conocimiento y reinado de Jesucristo, que, no sólo el santo Montfort, sino también muchos otros y los mismos sumos Pontífices en sus encíclicas esperan, nada tiene que ver con las opiniones milenarias, pues no supone la larga duración y la paz y la prosperidad, impropias del carácter de la Iglesia militante y mal avenidas por la predicación de Cristo, que dejó a sus discípulos en herencia la persecución. Nada hay, pues, en las predicciones, que no sea conforme con la ortodoxia; y dentro de ella, con las opiniones más seguidas y mejor fundadas». (Nota nº 77, p. 466-467).

Pobre el autor de esta nota, pero como siempre, la ignorancia es atrevida. Así que el milenarismo espiritual no es conforme a la ortodoxia, lo cual viene a ser lo mismo que decir que la doctrina común de la Iglesia de los primeros cuatro siglos, no fue conforme a la ortodoxia, vaya despiste que denota o falta de memoria o de desconocimiento (ignorancia).

Decir además que una larga duración de paz y prosperidad son impropias con el carácter de la Iglesia Militante y mal avenidas con la predicación de Cristo que dejó en herencia la persecución, es sencillamente no tener la menor idea de lo que dice, pues con el mismo argumento refutaría lo que en Fátima dijo Nuestra Señora: Al fin mi Inmaculado Corazón triunfará, prometiendo así la paz. El Apocalipsis dice literalmente que habrá un reino de paz por mil años (o larga duración), Cristo

prometió que el mundo quedará formando un solo rebaño y bajo un solo pastor. Las innumerables profecías del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento, serían pura paja para el autor de la nota que probablemente ni idea de ellas tiene; aquí van algunas para ilustrar: «Cerca está el día grande del Señor; está cerca, y va llegando con suma velocidad... Por tanto espérame dice el Señor en el día venidero de mi Resurrección; porque mi voluntad es congregar las naciones y reunir los reinos; y entonces derramará sobre ellos mi indignación, y toda la ira y furor mío; de modo que el fuego de mi celo, devorará la tierra. Porque entonces purificaré los labios de las naciones, a fin de que todas ellas invoquen el nombre del Señor, y le sirvan debajo un mismo yugo». (Sof. 1,14 y 3,8-9).

« ¡Oh espada! desenváinate contra mi pastor y contra el varón unido conmigo, dice el Señor de los ejércitos, hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas; y extenderé mi mano sobre los párvulos. Y sucederá que en toda la tierra, dice el Señor, dos partes de sus moradores, serán dispersados y perecerán, y la tercera parte quedará en ella. Y a esta tercera parte la haré pasar por el fuego, y la purificaré como se purificare como se purifica la plata, y la acrisolaré como es acrisolado el oro. Ellos invocarán mi Nombre, y yo los escucharé propicio. Yo diré: Pueblo mío eres tú; y él dirá: Tú eres mi Dios y Señor». (Zac. 13, 7-9).

«Porque he aquí que el Señor vendrá en medio del fuego, y su carroza será como un impetuoso torbellino para derramar con la indignación suya su furor, y su venganza con llamas de fuego. Pues el Señor rodeado de fuego y armado de su espada juzgará a todos los mortales; y será grande el número de aquellos a quienes el Señor quitará la vida... Más yo vendré a recoger sus obras, y sus pensamientos, y para reunirlos con todas las naciones de cualquier país y lengua, y comparecerán delante de mí, y verán mi gloria. Y levantaré en medio de ellos una señal de salud; y de los que salvaren, yo enviaré a las naciones de la otra parte del mar, al África, a la Lidia, que son pueblos flecheros, a Italia, a Grecia, a las Islas más remotas, a gentes que jamás han oído hablar de mí, ni han visto mi gloria. Y estos enviados anunciarán a las naciones la gloria mía y atraerán a todos vuestros hermanos de todas las naciones y los ofrecerán como un presente al Señor, conduciéndolos en caballos, y en carroza, y en literas, y en mulas, y carruajes a mí monte santo Jerusalén». (Is. 66, 15-20).

«Y estableceré sobre mis ovejas un solo pastor que las apaciente, esto es, el hijo de David, siervo mío: él las apacentará, y él será su pastor». (Ez. 34,23).

«... ¿Cuál no debe ser la santidad de vuestra conducta y piedad para esperar y apresurar la Parusía del día de Dios, por el cual los cielos encendidos se disolverán y los elementos se fundirán para ser quemados? Pues esperamos también conforme a su promesa cielos nuevos y tierra nueva en los cuales habite la justicia». (II Ped. 3,11-12).

« Porque también la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios». (Rom. 8,21).

Y tengamos cuidado de no ser como esos que señala San Pedro y que cuestionan la Parusía del Señor: «sabiendo ante todo que en los últimos días vendrán impostores

burlones, mientras vienen según sus propias concupiscencias dirán: “¿Dónde está la promesa de su Parusía?”. (II Pet. 3,3-4).

«Tengo también otras ovejas, que no son de este aprisco, la cuales debo yo recoger, y oirán mi voz; y de todos se hará un solo rebaño, y un solo pastor». (Jn. 10-16).

Pío XII que habla de la segunda venida de Cristo expresa: «... y cesará la lucha y brillará la paz ¡Ven, Señor Jesús! La humanidad no tiene fuerza para quitar la piedra que ella misma ha fabricado, intentando impedir tu vuelta. Envía tu ángel, oh Señor, y has que nuestra noche se ilumine como el día. ¡Cuántos corazones te esperan! ¡Cuántas almas se consumen por apresurar el día en que tú sólo vivirás y reinarás en los corazones! ¡Ven, oh Señor Jesús! ¡Hay tantos indicios de que tu vuelta no está lejana! (Mensaje Pascual 21 abril 1957).

Además en 1958 Mensaje de Resurrección Pío XII como trae citándolo el P. Martín Sánchez en su obra Israel y las Profecías, dice: «Antes de que la ciudad Santa, la nueva Jerusalén, descienda del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo, gozará el hombre de verdadera felicidad sobre la tierra. La dignidad humana será respetada, las necesidades satisfechas y disfrutará de una verdadera y larguísima era de orden, paz y justicia (p. 143).

En concordancia con todo esto el P. Benjamín Martín Sánchez doctor en Sagrada Escritura y autor de varias obras muy esclarecedoras sobre la esjatología dice: «La Sagrada Escritura anuncia una época admirable de paz universal y de santidad, que ha de tener lugar después del juicio de las naciones, cuando se convierta el pueblo judío y sean exterminados todos los enemigos de Cristo». (Israel y las Profecías, ed. Verbo Divino, Navarra 1976, p. 140).

Sobre esta paz futura que es el objeto de las profecías bíblicas y de la restauración de Israel nuevo (judíos y gentiles convertidos a la Iglesia) expone el P. Martín Sánchez: «Los profetas anuncian una nueva época en que nunca volverá a haber guerras. Y ¿quién no ve que aún están por cumplir tales profecías? Algunos suponen que estas son imágenes de la paz mesiánica, ya de la que hubo en tiempo de Augusto, ya de la paz espiritual en las almas... pero no creo que esto se pueda admitir: 1. Porque la lectura obvia del texto sagrado habla de una paz social y perfecta. Y este vaticinio no se ha cumplido, ya que la historia es testigo de que siempre ha habido guerras y cada vez más feroces y sin indicios de que los pueblos puedan entenderse definitivamente. 2. Porque esta paz relatada en la Biblia tendrá lugar “en la última parte de los días”, al fin de los tiempos, cuando el Señor sea adorado y conocido como “Dios de toda la tierra”, “cuando el conocimiento de Yahvé inunde el orbe” (...). “Entonces la paz será obra de la paz, será obra de la justicia o santidad, y el fruto de la santidad el reposo, y la seguridad para siempre.” (Is. 32, 15 ss.). Cuando esto suceda ¿no se realizará la paz indefinida tal como lo pintan los profetas? (...) Imposible el ver la paz perfecta en la presente economía. Vendrá ciertamente, pero en el tiempo presagiado por los profetas, cuando la tierra esté llena del conocimiento del Señor, y sepa cada uno cumplir su deber sin necesidad de fuerza pública o coacción alguna. Sólo entonces se establecerá el imperio de Cristo sobre la tierra con una paz que no tendrá fin (Is., 9,7). Y también entonces, como dice Zacarías, extirpará los carros y el arco de guerra “y promulgará

a las gentes la paz, y será de mar a mar y señorío y desde el río hasta los confines de la tierra” (9,10). El reino del Mesías será universal y pacífico. (...) Jesucristo, en su primera venida, según la Escritura, no vino a traer la paz que pregonaban los profetas (Mt. 10,34). La paz social no se cumplirá sino en el reinado escatológico que anuncian, cuando el Anticristo quede derrotado y Satanás haya sido arrojado con todos sus secuaces, seductores de las naciones...». (Ibíd. p. 120-121-122).

Respecto al nuevo Israel señala el P. B. Martín Sánchez: «Se suele decir que el “nuevo Israel” es el que San Pablo llama “el Israel de Dios (Gal. 6,16) la Iglesia de Cristo; más ésta, si bien pudiera llamarse el “nuevo Israel” incoado, de hecho no lo es en su plenitud, mientras no llegue la conversión del Israel en masa. El “nuevo Israel” propiamente no puede ser otro que aquel en el que se han de cumplir plenamente las promesas que Dios, le ha hecho por sus profetas, y entonces todo será nuevo, como nos dice la Escritura Santa (...). Sólo pues, cuando judíos y gentiles sean definitivamente pueblo santo Dios, todo será verdaderamente nuevo». (Ibíd. p. 108).

La segunda venida gloriosa de Jesucristo es el gran objeto de nuestra esperanza, si nos remitimos a las Sagradas Escrituras en la Carta de San Pablo a Tito cuando le aconseja que: «vivamos sobria, justa y religiosamente, aguardando la bienaventuranza esperada, y la venida gloriosa del gran Dios y salvador nuestro Jesucristo». (Tit. 2, 12-73). La Parusía es la bienaventurada esperanza según la misma palabra divina. Por eso dice también San Pedro: «Poned toda vuestra esperanza en la gracia que se os traerá cuando aparezca Jesucristo». (I Pet.1, 13).

San Juan termina el Apocalipsis diciendo: «Ven Señor Jesús» (Ap. 24,20, el famoso Maranatha) con lo cual no nos invita a que pidamos su segunda venida o Parusía, como de hecho en el Padre Nuestro pedimos «Venga a nosotros tu reino».

Como advierte el P. B. Martín Sánchez: «Todo parece presagiar que se avecina un mundo nuevo. Hay expresiones proféticas que nos hablan de la venida de un reinado glorioso sobre la tierra, y que para algunos resultan ininteligibles o las consideran como meramente simbólicas. Nuestra misión es penetrar primero el sentido literal del texto para ver que ha expresado el Espíritu Santo por medio del autor sagrado, y no lo que según nuestro parecer quiso decir. Las profecías no traen origen del hombre, sino de Dios, pues Él es el que ha movido a los profetas para que las consignaran en la Biblia». (II Ped. 1, 20-21). Y si se cumplieron literalmente los vaticinios referentes a la primera venida de Jesucristo, ¿por qué no se han de cumplir igualmente los que hacen referencia a los últimos tiempos y a su segundo advenimiento? Los últimos tiempos, que se incoaron con la primera venida de Cristo, llegarán un día a su plenitud con su retorno a la tierra». (Ibíd. p. 79).

Sabias y esclarecedoras palabras estas que debiéramos tener en cuenta con más atención, para no errar, en un tema tan trascendental, como lo es esta otra aclaración del mismo autor: «Al hablar de los “últimos tiempos” en que se presenciarán terribles luchas contra la Iglesia, conviene tener muy presente que no queremos con ello afirmar que llega “el fin del mundo”, como tenemos dicho, sino que después de estos tiempos, que serán calamidades, vendrá el triunfo glorioso y definitivo de la Iglesia sobre las fuerzas del mal». (Ibíd. p. 98).

Únicamente así, dentro de este contexto apocalíptico y esjatológico se entienden las palabras de la Virgen en Fátima: Al fin mi Inmaculado Corazón Triunfará.

Debemos estar preparados y esperar su venida, como señala el P. B. Martín Sánchez recordando además las palabras del Papa Pío XII: «¡Ven, Señor Jesús! Hay tantos indicios de que tu vuelta no está lejana...». Así se expresó Pío XII en su alocución del 21 de abril de 1957». (Ibíd. p. 100).

Y recordando las palabras de San Pío X y de Pío XII dice Pío XII más adelante: «¿Qué podremos esperar de una humanidad que se va alejando de Dios? Ya san Pío X en su primera Encíclica (año 1903) dijo: “¿Podemos ignorar, venerables hermanos, la enfermedad tan profunda y tan grave que aflige a la sociedad humana, más que en tiempos pasados? Esta enfermedad es el abandono de Dios y la apostasía. Quien piensa estas cosas, tiene el derecho de creer que tal perversidad de los espíritus sea el comienzo de los males anunciados para el fin de los tiempos...” Y Pío XI en *Miserentissimus Redemptor* refiere que en los disturbios de su papado se podría descubrir la aurora de ese comienzo de los dolores que debe traernos al “hombre de pecado...». (Ibíd. p. 106). Paradójicamente en tiempos de Pío XI fue cuando Sor Lucía señaló como signo de los acontecimientos del mensaje de Fátima la aurora boreal en la noche del 28-29 de Enero de 1928.

Todo apunta al triunfo de la Iglesia de Cristo, triunfo completo y universal después de la derrota del Anticristo y del encierro de Satanás por un largo período identificado en las Sagradas Escrituras por mil años, sobre lo cual expresa el P. Martín Sánchez: «Aquí prescindimos de situar el tiempo determinado de la paz milenaria limitándonos a decir que ésta empezará entonces cuando esté encadenado [el diablo] “para que no extravié más las naciones”. Estos mil años (los que en lenguaje bíblico significan un período largo e indeterminado), por estar precisamente aherrojado Satanás y los malignos espíritus, no habrán guerras, sino la época floreciente de paz y dicha admirable, ya descrita, y reinará en todas partes la santidad y será completo el triunfo de la Iglesia de Cristo. La Biblia nos habla de esta victoria y de un reinado pacífico de Cristo para los tiempos futuros. Será una época en la que los hombres vivirán más santamente sobre la tierra por estar entonces toda ella llena del conocimiento del Señor (Is. 11,8); y esto es lo que ciertamente nos vemos precisados a admitir. Durante esta época quedará eliminado todo poder diabólico, y no habrá otro que el de Cristo, al fin del cual “El entregará el reino a Dios Padre” (1 Cor. 15, 24-25). (...) Las cosas creadas sufrirán transformación, y este mundo será renovado y cambiado en mejor, como ya dijimos con San Jerónimo, “no veremos otros cielos y otra tierra, sino los viejos y los antiguos mudados en mejoras”. Todo nos hace presagiar la época de que nos hablan los poetas será ciertamente gloriosa y como el cielo anticipado en la tierra. El gran Pontífice Pío XII dijo en 1958: “Antes de que la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descienda del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo, gozará al hombre de verdadera felicidad sobre la tierra. La dignidad humana será respetada, las necesidades satisfechas y disfrutará de una verdadera y larguísima era de orden, paz y justicia (Mensaje de Resurrección). El triunfo definitivo del reinado de Cristo y de su Iglesia llegará y tendrá lugar con la



destrucción total de los enemigos del mismo Cristo y del hombre: el error y el pecado». (Ibíd. p. 142-143).

En otro libro suyo el P. B. Martín Sánchez insisten en no confundir últimos tiempos (en el cual tendrá lugar el juicio de las naciones con el fin del mundo: «Como algunos confunden lamentablemente los “últimos tiempos” con “fin del mundo” voy a puntualizar primeramente este tema y aclararlo con dichos de los profetas. Como ya indiqué en el prólogo, “los últimos tiempos” según la Biblia, son caracterizados por la falta “falta de fe” y son los últimos de la era mesiánica, los que pudiéramos denominar “tiempos de incredulidad”. Los textos bíblicos siguientes que luego citaremos, lo comprueban (2 Ped. 3, 3-4; Jud. 17-18; 2 Tim. 3, 1-5; 2 Tes. 2,1 ss.; etc.). En estos tiempos tendrá lugar el juicio de las naciones o un gran castigo sobre el mundo, el cual anuncian con frecuencia los profetas por vivir los hombres alejados de Dios y a espaldas del Evangelio de Cristo. De este castigo saldrá el mundo purificado, y a esta purificación ha de seguir una época de paz admirable y de santidad en el que Cristo ha de reinar “de un confín a otro de la tierra”, y en la que “todos sus enemigos caerán a sus pies” y le darán vasallaje, teniendo entonces la Iglesia un triunfo glorioso». (Los Últimos Tiempos, ed. Círculo, Zaragoza 1975, p. 13). Y más adelante leemos: «El día del Señor que el profeta anuncia, será un juicio sobre todas las naciones, que recibirán su castigo” (Nácar-Colunga), y nótese que después de este juicio quedarán sobrevivientes que invocan el nombre de Dios, y por tanto, queda claro que de este juicio quedarán sobreviviente que invocan el día del Señor”, en el que ejercerá El su juicio sobre todas las naciones, no es el fin del mundo, siendo distinto uno y otro». (Ibíd. p. 17).

En el Credo se confiesa que Cristo vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos junto con la resurrección de la carne y la vida perdurable; lo cual sería una repetición inútil si no se tratara de cosas distintas como hace ver el P. Castellani, pues si la venida a juzgar a los vivos y a los muertos es a la vida eterna para que agregar otro artículo sobre la vida eterna o perdurable, sobre todo en un símbolo de la fe que es una síntesis de los dogmas fundamentales, lo cual excluye toda repetición.

He aquí lo que dice el P. Castellani: «En el credo forma oriental se dice Cristo vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos, cuyo reino no tendrá fin. Ahora bien, si no se admite el Reino milenarista, se trata del Reino de los Cielos, o sea, es la vida eterna. ¿Por qué añadir otro artículo que dice: “Creo en la vida eterna”, o perdurable? En los “símbolos” cuya principal condición debe ser la brevedad, no son lícitas repeticiones superfluas. Además, aquellas palabras “juzgar a los vivos y a los muertos” no parecen significar el Juicio Universal en el sentido de los alegoristas; porque este Juicio en el sentir de la Iglesia y todos los católicos tienen lugar después de la resurrección de la carne; y el juicio del Credo de los Apóstoles está colocado antes; pues dice primeramente “vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos” y al final añade: “y en la resurrección de la carne”. Este orden del Credo va al revés de la doctrina alegorista. En cambio este orden coincide con la milenarista; pues según está, primeramente viene lo que dice San Pablo en II Timot. 4,1,... “juzgar a los vivos y a los muertos por su Retorno y su Reino”; y al final desde Reino temporal, la resurrección general y el Juicio de todos, que quizás sea todo el período llamado Mil Años (sean cuantos fueren) y no un “día” solo de 24 horas,

“pues el día del Señor” en la Escritura no significa un día de 24 horas. También “juzgar en la Escritura muchísimas veces significa “reinar” dado que los reyes antiguos eran simplemente el “Juez” que “daba a cada uno lo suyo” lo cual constituye la virtud de la Justicia. Cristo empero por su reino, juntamente reinará y juzgará porque infligirá castigo al Anticristo y secuaces y a los justos resucitará y coronará; después la Resurrección general y el Juicio Final no serán sino el acto final y finiquito de su Reino; y por eso rectamente en el Credo se puso al final. (...) Tercio, añaden los Milenistas, la frase “juzgar vivos y muertos” no tiene buen sentido en la sentencia contraria, pues si acaece por la resurrección, no hay ya vivos que juzgar, siendo todos muertos... y redivivos; o bien no hay muertos, como quieran. Más si se quiere hacer significar “justos y pecadores” al inciso “vivos y muertos” surge el incómodo de que el modo de hablar por metáforas máximamente ajeno a los símbolos, en donde se presume expresar los dogmas principales con la mayor brevedad, claridad y derechura. Más en la sentencia milenista, esas palabras corren lo más bien: pues son juzgadas los vivos, y son juzgados los muertos (o resucitados) en el Segundo Advenimiento; y por cierto en el orden que el Credo dice: pues primero se juzgan los vivos, puesto que el reinar y su implicación el juicio se ejercen sobre los vivientes; y después de juzgar los muertos por medio de la resurrección general. Mas después del Juicio Final será la vida eterna, la cual vida no es destrucción del reino de Cristo sino compleción; de modo que en recto sentido el Reino Milenario no tendrá fin; lo que verifica las palabras del Credo: “cuyo Reino no tendrá fin”. (La Iglesia Patr. p. 296-297- 298).

San Agustín mismo admite que el Día del Juicio no necesariamente corresponde a un día solar sino que puede ser un período más extenso: «Lo que confiesa y aprueba toda la Iglesia del verdadero Dios: que Cristo ha de juzgar a los vivos y a los muertos, éste decimos será el último día del divino juicio, es decir, el último tiempo. Porque aunque no es cierto cuántos días durará este juicio, ninguno ignora, por más ligeramente que haya leído la Sagrada Escritura, que en ella se suele poner día por el tiempo». (La Ciudad de Dios, libro 20, capítulo 1). Así, se ve que según el juicio de San Agustín, hoy en día hay muchos ignorantes que piensan a raja tabla que el Día del Juicio es un día solar de 24 horas; y lo lamentable es que pasan por maestros o doctores. Además San Agustín que como todo santo verdadero es humilde, reconoce que la interpretación alegórica (que hizo suya por la presión tremenda de San Jerónimo abandonando la milenarista, para que no fuera en apoyo a los milenaristas carnales o judaizantes) no es segura como indica el P. Castellani: «San Agustín advierte que no sabe si esta interpretación es la buena o no, cosa en que no es imitado por ninguno de los actuales “alegoristas”, muchos de los cuales además incriminan de “heréticos” (y de ridículos, y de judaizantes, y de sotes, y de groseros, y de perturbadores) a aquellos que no gustan de ella». (El Apokalypsis, p.294).

Y si bien se mira hablando de judaizante, nada más judaizante que el pretendido triunfo de la Iglesia por las solas fuerzas de la historia sin la intervención divina de la segunda venida de Cristo Rey en Gloria y Majestad, es decir, proclamar un triunfo antes de la Parusía, como pretende el ecumenismo y el progresismo modernista y desgraciadamente como interpretan muchos erróneamente el mensaje de Fátima: «Al fin mi Inmaculado Corazón Triunfará». Nada más

judaizante que un triunfo de la Iglesia sin Parusía: «Pero ¿qué cosa más judaizante que esperar un gran triunfo terreno de la Iglesia antes de la segunda venida del Cristo?». (Ibíd. p.87). Cuantos judaizantes sin ni siquiera saberlo, eso demuestra una vez más el estado de decadencia del clero.

El anticatolicismo consiste en un catolicismo falsificado, y no en otras cosas que distraídamente nos podemos aun legítimamente imaginar o suponer, como apunta el siguiente texto del P. Castellani, donde se hace alusión a la ciudad del Anticristo, la capital Meretricia: « ¿No habíamos quedado en que, según el profeta, tiene que ser un puerto, capitalista y anticatólico, o mejor dicho católico falsificado?». (Los Papeles..., p.246).

Y tenemos además un Anticristo identificado con un catolicismo sin cruz ni Parusía como el de la Nueva Iglesia postconciliar: «...la más completa y sutil falsificación del cristianismo que se puede soñar: un ideal de vida cómoda, lujosa y divertida, con mucho “sex-appeal” por supuesto, y con un marco de algunos vagos y diluidos dogmas cristianos que no comprometen a nada. (...) Es el ideal de la añadidura antes que el Reino, o añadidura sin Reino, o el reino Milenario realizado ya y sin Cristo, es decir, el cristianismo es purgado de la cruz de Cristo y de su Segunda Venida... ¡Este es el verdadero Anticristo! Si esto invade al mundo como lo está invadiendo y al fin lo domina... Esto es falsa religión sumamente seductora: esto es peor si cabe que el comunismo». (Ibid.p.246).

Aunque los dos son peores, como más abajo expone, cuya fusión será la obra del Pseudoprofeta: «... y es más que probable que un día se fusionen, porque proceden de una mismo espíritu del Jardín de Edén y del Paraíso en la tierra.

Y quién hará la fusión será la Bestia segunda; la Fiera de la Tierra, “que tenía dos cuernos como el Cordero y hablaba como el dragón”». (Ibíd. p 246).

El P. José Rovira S.J. autor del artículo Parusía de la Enciclopedia Espasa dice sobre el reino de Cristo en la tierra o milenio feliz de paz y prosperidad: «La Parusía no es otra cosa, según dijimos, sino la segunda venida de Cristo. Vendrá Cristo Jesús del cielo a donde subió en su gloriosa ascensión (Act. 1, 9-11), más no vendrá como vino la primera vez cuando el verbo se hizo carne (...) antes vendrá y aparecerá con gloria, con gloria y esplendor (...) después que el sol se oscurecerá y la luna no dará su luz y las estrellas caerán, entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre (probablemente la cruz), y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria (Mt.24,30; Mc. 13,26; Luc.21,27), (...) pero entre todas campea la descripción que de esta venida nos hace el apóstol San Juan en el capítulo 19 del Apocalipsis, en donde lo describe como rey guerrero que va a pelear contra al Anticristo (...) Cristo no vendrá solo como rey que es, vendrá acompañado de su corte (...) con sus ángeles (Mt. 26, 27), (...) con sus santos (Jud. 14,25). (...) Seguirá después la resurrección de los santos. Verdad es que acerca de este punto no están de acuerdo los teólogos e intérpretes, pues comúnmente dicen que la resurrección ha de ser de todos juntos y aun mismo tiempo, pero esto ha de entenderse de la resurrección general. Mas esta resurrección particular de los santos será como un privilegio y así como resucitó Cristo y con Cristo resucitaron también otros santos, como dice San

Mateo (27,52-53), los cuales probablemente, como asiente Santo Tomás (S.Th.Sup. q.77, a.1, ad 3), no volvieron a morir, así también puede admitirse que cuando aparecerá Cristo en su segunda venida para destruir al Anticristo, resucitarán por privilegio, no todos los santos, sino solamente algunos. (...) Según esto, distingue San Pablo claramente a la venida de Cristo dos clases o suertes de justos que se le juntarán. Los unos serán los muertos que resucitarán primeramente, resucitarán incorruptos; los otros serán los vivos, los cuales no morirán sino que serán transformados de mortales y corruptibles en incorruptibles e inmortales y juntamente con los otros serán arrebatados por el aire sobre las nubes del cielo al encuentro de Cristo. (...) Los otros muertos no vivieron hasta que se cumplan los mil años. San Juan parece indicar dos clases o suertes de escogidos, los unos son los degollados por el testimonio de Jesús, esto es, los mártires, o todos o algunos, y en primer lugar los Apóstoles a los cuales prometió en mismo Cristo que en la regeneración se sentarían sobre 12 tronos para jugar a las 12 tribus de Israel; los otros son los que no adoraron a la bestia ni recibieron su señal, aunque no hayan sido martirizados sino que estén vivos, pues de lo contrario no había que distinguirlos de los mártires. (...) Efecto de la venida de Cristo será también la destrucción del Anticristo».

« (...) Entonces, pues, vendrá Cristo a destruirle y a salvar y liberar a los suyos. (...) se manifestará aquel inicuo, al cual el señor matará (propíamente quitará de en medio) con el soplo de su rostro y lo destruirá con el resplandor de su venida (2Tes 2,8). Y San Juan en el Apocalipsis dice lo mismo (Ap. 19,11-21) (...). Destruídas las potestades antiteocráticas y encadenado y encarcelado el demonio, seguiráse luego el reino de Cristo y de los santos. Este reino predícelo el profeta Daniel en el capítulo séptimo de su profecía<sup>4</sup> (...). En este texto se predice claramente que a la destrucción del Anticristo y de las otras potestades antiteocráticas le seguirá no sólo un triunfo, sino un reino de Cristo y de los Santos, un reino que será sobre la tierra o debajo del cielo, como dice Daniel, un reino en que el poder será del pueblo de los santos altísimos, al cual (pueblo) todos los reyes le servirán y obedecerán. (...) Véase por ejemplo, lo que dice Cornelio Alápide: “Entonces, destruido el reino del Anticristo la Iglesia reinará en toda la tierra y de los judíos y de los gentiles se hará un solo redil con un solo pastor”. Seguiráse después la sublevación o rebelión de Gog y Magog contra la ciudad de los santos, que es probablemente según veremos diversa de la persecución del Anticristo. Luego, más tarde, el fuego de la conflagración (...) y por fin terminará todo con la resurrección última y el juicio final (...) Y San Pablo (1Cor.15, 24-28) dice también que Cristo reinará hasta que ponga bajo sus pies a todos sus enemigos, y la última de todas será destruida la muerte: después de esto Cristo entregará su reino al Padre y entonces será Dios todas las cosas en todos».

«Hemos visto que según la predicción de Daniel (7, 26-27) inmediatamente después de la muerte del Anticristo no se acabará el mundo, sino que seguirá la Iglesia compuesta de judíos y gentiles y extendida por toda la tierra, y los santos ejercerán el poder y la soberanía y a ellos servirán y obedecerán todos los reyes del orbe. (...) aunque Daniel dice que su reino será sempiterno, es porque nos presenta este reino de los santos en la tierra continuándose con el del después del juicio. Más ahora hablamos solamente del reino de los santos en la tierra, del reino de los

santos anterior al juicio final y este claro está que no ha de ser eterno (...). Algunos intérpretes, aun de los que admiten el reino de los santos en la tierra, dicen como Tirini, Alápide que este reino ha de durar breve tiempo; otros no hablan de su duración, otros suponen o afirman que durará largo tiempo (...). En este punto los milenaristas fundándose en el Apocalipsis (20,1-9) admitieron después de la muerte del Anticristo un reino de Cristo y de los santos en la tierra que había de durar mil años».

El P. Benjamín Martín Sánchez resume la doctrina milenarista, en el Nuevo Testamento Explicado, Ed, Apostolado Mariano, Sevilla 1988, nota al capítulo 20 del Apocalipsis, del siguiente modo: «El milenarismo es la creencia de los que han dicho que Jesucristo reinará sobre la tierra con sus santos en una nueva Jerusalén por el tiempo de mil años antes del día del juicio. (...) Yo creo firmemente (después de un detenido estudio de la Biblia) en un milenarismo en la tierra y si alguno no le agrada la palabra “milenarismo”, dígame “época maravillosa de paz” de mil o miles de años, que tendrá lugar después de la muerte del Anticristo y a raíz del juicio universal de naciones y a ello contribuirá el estar encadenado o reprimida la acción de Satanás. Entonces los judíos convertidos usufructuarán su conversión, se multiplicará la fe, tendrá un triunfo definitivo la Iglesia de Cristo y se cumplirá la profecía de “un solo rebaño bajo un solo pastor”. Y a su vez tendrán cumplimiento las siguientes profecías, que aún no se han realizado: “Dominará de mar a mar, del río hasta los cabos de la tierra (...). Se postrarán ante El todos los reyes y le servirán todas las gentes» (Sal. 72,8 y 11).

«Se acordarán y se convertirán a Yahvé todos los confines de la tierra y se postrarán delante de él todas las familias de las gentes. Porque de Yahvé es el reino y el dominará a las gentes» (Sal. 22,28-29).

«Al fin de los días (v, 1)...Yo reuniré, dice el Señor, a la dispersa (esto es, a la extraviada o dispersos de Israel)... y la haré un pueblo poderoso, y Yahvé reinará sobre ellos en el monte Sión desde ahora y para siempre» (Miq. 4,6 ss.).

«Y reinará Yahvé sobre la tierra toda, y Yahvé será único y único su nombre» (Zac. 14,19).

«Entonces (después del gran juicio de las naciones) Yo devolveré a los pueblos los labios puros, para que todos invoquen el nombre del Señor» (Sof. 3,9).

«Y la nueva alianza que empezó a cumplirse en la Nueva Ley, anunciada por Jeremías (31, 31-34) llegará a su plenitud con la conversión de Israel. Entonces dice el Señor: “pondré mi ley en sus corazones... y no tendrán ya que enseñarse unos a otros... todos me conocerán”. Y “entonces toda la tierra estará llena del conocimiento de Yahvé” (Is. 11,9). Cuando Israel se convierta y sea purificado de sus pecados, los desiertos florecerán, se convertirán en vergeles y tendrán cosechas de frutos y producción de ganados como jamás se ha conocido (Ez. 36, 33-35). A estos textos habría que añadir muchísimos más de Isaías, Miqueas, Zacarías y otros profetas que nos hablan de la gran paz de esta época, del bienestar temporal, de Jerusalén como capital del mundo cristiano, etc. (Nótese que esto no será en el cielo, sino en la tierra, algo real, y, por tanto, un hecho el tal milenarismo o época

de paz). (...) Algunos han querido entender la “resurrección primera” espiritualmente del nacimiento a la vida de la gracia, pero no convencen porque se habla de mártires que murieron por la fe. Pirot dice: “Algunos críticos católicos contemporáneos, por ejemplo Calmes, admiten la interpretación literal del pasaje que estudiamos. El milenio sería inaugurado, por una resurrección de los mártires solamente, en detrimento de los otros muertos”. También ya San Irineo señaló como primera resurrección la de los justos. Bien creo la podemos confirmar con estos dos textos: 1 Cor. 15,23, donde San Pablo habla del orden en la resurrección: “Primero Cristo, luego los de Cristo cuando El venga, después será el fin...”, y además por Tes 4,14-16: “Los que murieron en Cristo resucitarán primero... El escriturista Cornelio Alápide también interpreta literalmente el texto 1 Cor. 15,23. Los restantes muertos no vivieron hasta pasados los mil años. (...) Y entonces será la resurrección universal y el juicio final». (...) «Pasados mil años, será soltado Satanás y se irá a seducir a las gentes (...). El hecho es que el demonio irá pervirtiendo a las gentes y las fuerzas del mal, o sea, los Gog y Magog atacarán a los santos y la ciudad santa, pero Dios hará que sean devorados por el fuego que hará descender sobre ellos».

Sobre el capítulo 21 del Apocalipsis el mismo autor comenta respecto a la restauración universal de todas las cosas, lo cual nos hace recordar el lema de San Pio X: *Omnia Instaurare in Christo*, todo instaurarlo en Cristo, y que Monseñor Lefebvre traduce a modo explicativo todo recapitularlo en Cristo. Así, expresa el P. Martín Sánchez sobre el cielo nuevo y tierra nueva: «De la transfiguración de las cosas creadas se nos habla aquí y además en Isaías 65,17ss, en 2 Ped 3,13, y en Rom 8,19ss. (...) tenemos que este mundo no será aniquilado, sino renovado, y cambiando en mejor, pues como dice San Jerónimo: “pasa la figura, no la sustancia. No veremos otros cielos y otra tierra, sino los viejos y los antiguos cambiados en mejores”. Todo hace presagiar que esto se refiere también a la época maravillosa de paz, por cuanto según las Escrituras, el universo una vez renovado ha de servir de escenario a la vida humana, porque la creación entera tomará parte en la felicidad del hombre (Rom. 8,19-22) y porque vendrán nuevos cielos y nueva tierra en los que habitará la justicia (2Ped. 3,10-18). Entonces la tierra será como un cielo nuevo anticipado (...). Es una renovación de este mundo donde vivió la humanidad caída, el cual, desembarazado al fin de toda mancha, será restablecido por Dios en un estado igual y aún superior a aquel en que fue creado: renovación que la escritura llama en otros lugares la “palingenesia”, la regeneración Mt. 19,28, “la restitución de todas las cosas” en su estado primitivo (Hech. 3,21), (Crampon)».

Y en la explicación al capítulo 22 dice el mismo autor refiriéndose a las palabras finales del Apocalipsis, Ven señor Jesús: «Con esta expresión que se refiere a la segunda venida de Jesucristo termina el Apocalipsis después de hablarnos de la gran felicidad reservada a los santos repite: “Venga Pronto”, y con este aviso quiere que no nos durmamos, que vivamos vigilantes, que anhelamos su venida para gozar de la dicha anunciada».

El P. Castellani, que recordamos fue teólogo sacro bulado por Pío XII, lo cual lo facultó para enseñar Teología y Sagrada Escritura universalmente, y publicar libros sin el nihil obstat, salvo que en donde los editara hubiera un título igual al suyo,

pues superior no hay, y estos se otorgaban 2 o 3 veces por siglo, explica sobre el Milenarismo: «Es la opinión que interpreta el mismo pasaje en sentido literal. Se divide en espiritual y carnal; o por otro nombre, craso.

Milenarismo carnal designa la tendencia judaizante y novelesca que en los primeros siglos imaginó un triunfo temporal y mundano de Cristo, semejante al que de hecho le exigiera el fariseísmo en vida; con un séquito de satisfacciones, desquites y deleites groseros para los resucitados en los cuales la fantasía animal se dio libre curso. Este quiliasma desmesurado fue condenado por la Iglesia, después de haber suscitado las iras, también un poco desmesuradas, de San Jerónimo. Como actitud espiritual, este milenarismo no deja de subsistir incluso hoy día; por ejemplo, en algunas sectas protestantes, y en la mística de los grandes imperialismos actuales. El Milenarismo espiritual se puede resumir en estas palabras de Hallo: “Un milenio está predicho en la ESCRITURA; ese período todavía no se ha dado; en qué consiste a punto fijo y en pormenor no lo sabemos; cuando se dé, lo sabremos”. Así expresado, con discreción y agnosticismo, ese quiliasma no ha sido jamás condenado por la Iglesia, ni -audemus dicere- lo sería nunca, por la simple razón de que la Iglesia no va a condenar la mayoría de los Santos Padres de los cinco primeros siglos, entre ellos a los más grandes... (Véase *Ecclesia Patristica et Millenarismus*, Expositio Histórica a Florentino Alcañiz, S. J., Doctore et Magistro Aggregato Facultati Philosophicae in Universitate Gregoriana, Granada 1933)».

«Lo que ha hecho no ha mucho la Iglesia, ha sido prohibir por un decreto del Santo Oficio la enseñanza de un milenarismo mitigado claramente definido en la misma prohibición, la cual naturalmente no sería lícito ampliar; porque “odiosa sunt restringenda”; a saber: “El milenarismo de los que enseñen que antes del juicio final, con previa o sin previa resurrección de justos, Cristo volvería a la tierra a reinar corporalmente”. Este decreto es del 9 de julio de 1941. El decreto *ut jacet* agarraba también a los exégetas llamados evolucionistas, puesto que, según éstos, Cristo reina ya corporalmente -desde el Santísimo Sacramento- a partir de su Resurrección hasta el Fin del Mundo. Pero no tocaba, según parece, a los milenaristas sensatos. Salió otro decreto declaratorio tres años después (A.A.S., 1944, pág. 212), en el cual la palabra corporaliter ha sido cambiada por visibiliter. Conforme a él, queda excluida la enseñanza, no sólo del milenarismo craso, más también del carnal-mitigado, que imagina un Reino temporal de Cristo a la manera de los imperios de este mundo, con su corte en Jerusalén su palacio, sus ceremonias y festividades, su presencia visible y continua - y hasta su ministro de Agricultura...- ; “teología para negros”, como dice Ramón Doll; semejante al cielo de la película GREEN PASTURES».

«Nosotros no enseñamos ni creemos ninguno de estos dos milenarismos, está de más el decirlo; aplicamos aquí simplemente al APOKALYPSIS el llamado en exégesis sistema escatológico, en oposición al sistema histórico y al sistema alegórico. Y al crítico prepóster, que tan mal ha leído mi librito y con tanta acrimonia lo juzga, me contento con copiarle unas líneas de dos autoridades en materia de exégesis; primero, mi maestro en la Gregoriana 1929 - 1931 R. P. Silvio Rosadini: “*Recolere ante omnia juvabit... millenarismum, speciatim illum purum*

*et spiritualem nunquam ab Ecclesia damnatum fuisse. Insuper, verum non est regnum millenarium esse necessariam consequentiam hujus systematis... Sunt qui Apocalypsim eschatologice explicant et tamen quodcumque millenarium regnum rejiciunt... Sunt e contrario plures, alia systemata sectantes, qui hoc modo regnum millenarium Capitis XX exponunt*” (Silvius Rosadini, S. J.; INST. INTRODUCT. IN LIBROS NOVI TESTAMENTI. vol. III, pág. 112, Romae, 1931. Apud Aedes Universitatis Gregor.)».

«Otra autoridad más cercana a nosotros y no menos respetable e infinitamente oportuna son las dos notas que acerca de esta cuestión escribe monseñor doctor Juan Straubinger en su versión directa del griego anotada y comentada del NUEVO TESTAMENTO editada por Dedebec, 1948, págs. 383 y 384, sobre San Juan, XX 5 y 6. El resumen de esta espinosa cuestión que allí hace el docto profesor del Seminario de La Plata nos parece coincidir tan exactamente con nuestro pensamiento, tal como en este libro hace seis años se fijó, que queremos ponerle broche de oro haciendo nuestras al final todas y cada una de sus ponderadas y exactísimas palabras».

«Helas aquí: La primera resurrección. He aquí uno de los paisajes más diversamente comentados de la SAGRADA ESCRITURA. En general, se toma esta expresión en sentido alegórico: la vida en estado de gracia, la resurrección espiritual del alma en el bautismo, la gracia de la conversión, la entrada del alma en la gloria eterna, la renovación del espíritu cristiano por grandes santos y fundadores de órdenes religiosas (San Francisco de Asís, Santo Domingo, etcétera), o algo semejante. Bail, autor de la voluminosa SUMMA CONCILIORUM, lleva a tal punto su libertad de alegorizar las ESCRITURAS que opta por llamar primera resurrección la de los réprobos, porque éstos, dice, no tendrán más resurrección que la corporal, ya que no resucitarían para la gloria. Según esto el v. 6 alabaría a los réprobos, pues llama bienaventurado y santo al que alcanza la primera resurrección».

«La Pontificia Comisión Bíblica ha condenado en su decreto del 20 de agosto de 1941, los abusos del alegorismo, recordando una vez más la llamada regla de oro, según la cual, de la interpretación alegórica no se pueden sacar argumentos. Sin embargo, hay que reconocer aquí el estilo apocalíptico. En I Cor. XV, 23, donde San Pablo trata del orden en la resurrección, hemos visto que algunos Padres interpretan literalmente este texto como de una verdadera resurrección primera, fuera de aquella a que se refiere San Mateo en XXVII, 52-53 (resurrección de santos en la muerte de Jesús), y que también un exegeta tan cauteloso como Cornelio Alápide la sostiene. Cf. I Tes. IV, 16; I Cor. VI, 2-3; II Tim. II, 16 y ss., y Filip. III, 11 donde San Pablo usa la palabra exanástasis y añade ten ek nekróon, o sea, literalmente la exresurrección, la que es de entre los muertos. Parece, pues, probable que San Juan piense aquí en su privilegio otorgado a los santos-sin perjuicio de la resurrección general-, y no en una alegoría, ya que San Ireneo, fundándose en los testimonios de los presbíteros discípulos de San Juan, señala como primera resurrección la de los justos (confrontar Lucas XIV, 14 y XX, 35)».



«La nueva versión de Nácar-Colunga ve en esta primera resurrección un privilegio de los santos mártires, “a quienes corresponde la palma de la victoria. Como quienes sobre todo sostuvieron el peso de la lucha con su Capitán, recibirán un premio que no corresponde a los demás muertos, y ésto es juzgar, que en el sentido bíblico vale tanto como regir y gobernar al mundo, junto con su Capitán, a quien, por haberse humillado hasta la muerte, le fue dado reinar sobre todo el universo” (Filip. II 8 y ss.). Véase Filip III 10-11; 1 Cor. XV, 23 y 52 y notas; Luc XIV, 14, y XX, 35; Hech. IV, 2. Con el cual reinaron los mil años. Fillion dice a este respecto: “Después de haber leído páginas muy numerosas sobre estas líneas, no creemos que sea posible dar a cerca de ellos una explicación enteramente satisfactoria”. Sobre este punto se ha debatido mucho en siglos pasados la llamada cuestión del milenarismo o /interpretación que, tomando literalmente el milenio como reinado de Cristo, coloca esos mil años de los vers. 2-7 entre dos resurrecciones, distinguiendo como primera la de los vers. 4-6, atribuida sólo a los justos, y como segunda y general la mencionada en los vers. 12-13 para el Juicio Final. La historia de esta interpretación ha sido sintetizada en breves líneas en una entrevista dada por la REVISTA ECLESIASTICA DE BUENOS AIRES de mayo de 1941, diciendo que “la tradición, que en los primeros siglos se inclinó a favor del milenarismo, desde el siglo V se ha pronunciado por la negación de esta doctrina en forma casi unánime”».

«La Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio cortó la discusión declarando, por decreto del 21 de Julio de 1944, que la doctrina “que enseña que antes del juicio final, con resurrección anterior de muchos muertos o sin ella, Nuestro Señor Jesucristo vendría visiblemente a esta tierra a reinar, no se puede enseñar con seguridad (tuto doceri non posse)”. Para información del lector, transcribimos el comentario que trae la gran edición de la Biblia de Pirot-Clamer sobre este pasaje: “La interpretación literal: varios autores cristianos de los primeros siglos pensaron que Cristo reinaría mil años en Jerusalén (vers. 9) antes del juicio final. El autor de la Epístola de Bernabé (XV, 4-9) es un milenarista ferviente; para él, el milenio se inserta en una teoría completa de la duración del mundo, paralela a la duración de la semana genesiáca: 6.000 + 1.000 años. San Papiás es un milenarista ingenuo, San Justino, más avisado, empero piensa que el milenarismo forma parte de la ortodoxia (DIALOGO CON TRIFON, 80-81). San Ireneo, lo mismo (CONTRA LAS HEREJÍAS, V. 28,3) al cual sigue Tertuliano (CONTRA MARCIÓN, III, 24). En Roma, San Hipólito se hace campeón contra el sacerdote Caius, quien precisamente negaba la autenticidad joanea del APOKALYPSIS, para abatir más fácilmente el milenarismo”».

«Relata aquí Pirot la polémica contra unos milenaristas cismáticos en que el obispo Dionisio de Alejandría “forzó al jefe de la secta a confesarse vencido”, y sigue: “Se cuenta también entre los partidarios más o menos netos del milenarismo a Apolinario de Laodicea, Lactancio, San Victorino de Pettau, Sulpicio Severo, San Ambrosio. Por su parte San Jerónimo ordinariamente tan vivaz, muestra con esos hombres cierta indulgencia (Sobre Isaías, libro 18). San Agustín, que dará la interpretación destinada a hacerse clásica, había antes profesado durante cierto tiempo la opinión que luego combatirá. Desde entonces el milenarismo cayó en el olvido, no sin dejar curiosas supervivencias como las oraciones para obtener la

gracia de la primera resurrección consignadas en antiguos libros litúrgicos de Occidente (Dom Leclercq)».

«Más adelante cita Pirot el decreto de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, que transcribimos al comienzo y continúa: “Algunos críticos católicos contemporáneos por ejemplo Calmet, admiten también la interpretación literal del pasaje que estudiamos. El milenio sería inaugurado por una resurrección de los mártires solamente, en detrimento de los otros muertos. La interpretación espiritual: Esta exégesis -sigue diciendo Pirot-, comúnmente admitida por los autores católicos, es la que San Agustín ha dado ampliamente. Agustín hace comenzar este periodo en la Encarnación, porque profesa la teoría de la recapitulación, mientras que, en la perspectiva de Juan, los mil años se insertan en un determinado lugar en la serie de los acontecimientos. Es la Iglesia militante, continúa Agustín, la que reina con Cristo hasta la consumación de los siglos; la primera resurrección debe entenderse espiritualmente del nacimiento a la vida de la gracia (Col. III, 1-2; Fil. III, 20; cf. Juan, V, 25); los tronos del vers. 4 son los de la jerarquía católica, y es esa jerarquía misma, que tiene el poder de atar y desatar. Estaríamos tentados -concluye Pirot- de poner menos precisión en esa identificación. Sin duda, tenemos allí una imagen destinada a hacer comprender la grandeza del cristiano: se sienta, porque reina (Mat XIX, 28; Luc XXII, 30; I Cor. VI, 3; Ef. I, 20, y II, 6; Apoc. I, 6. y V, 9)”. Hasta aquí las notas de Mons. Straubinger». (Cristo ¿Vuelve... p.68 a 71).

A su vez precisa el P. Castellani sobre el tema en otra de sus obras: «El milenarismo real no enseña otra cosa sino que Apokalypsis XX y I Corintios XV, pueden ser interpretados literalmente sin quiebra de la fe ni inconveniente alguno, que así lo entendieron los padres apostólicos y después de ellos, en el curso de la historia, innumerables doctores y santos; que de ello se sigue la probabilidad de dos resurrecciones, una parcial y otra general, con un período místicamente glorioso de la Iglesia Viante entre ellos, y que esta inteligencia resuelve fácilmente muchos lugares oscuros de la Escritura y es honrosa a la grandeza, veracidad y omnipotencia del creador». (Los Papeles... p.418).

«Toda la tradición antigua en masa durante los cuatro primeros siglos de la Iglesia entendió en este capítulo simplemente que habría un largo periodo de paz y prosperidad en el mundo (mil años o bien mucho tiempo) después del retorno de Cristo y refulgir de su Parusía, que habría dos resurrecciones, una parcial de los mártires y santos últimos, otra universal al fin de buenos y malos lo cual también San Pablo dice, que todo este largo tiempo es quizás lo que designamos con el nombre de Juicio Final, el cual se describe metafóricamente al final del capítulo, es decir se describe su término y finiquito. El “Día del Juicio Final” no puede ser ciertamente un día solar». (El Apokalypsis, p.295-296).

Sobre esto último, el mismo San Agustín admite que el día del juicio final no sea un día solar: «Lo que confiesa y aprueba toda la Iglesia del verdadero Dios: que Cristo ha de descender de los cielos a juzgar a los vivos y a los muertos, éste decimos será el último día del divino juicio, es decir, el último tiempo. Porque aunque no es cierto cuantos días durará este juicio, ninguno ignora, por más ligeramente que

haya leído la Sagrada Escritura que en ella se suele poner el día por el tiempo». (La Ciudad de Dios, libro 20, capítulo 1).

«En suma, el milenarismo consiste en creer el día del juicio, que es un dogma de fe, no un día material y un lugar geográfico sino un período y un estado, un ciclo enteramente sobrenatural; y eso no por racionalismo o fantasía, sino por encontrarlo así escrito a la letra, en las dos grandes profecías postrimeras, Daniel y Juan, con dos textos coincidentes del apóstol Pablo». (Los Papeles... p. 412).

Aunque la interpretación alegórica es la que predomina actualmente, no siempre fue así, al menos para los primeros 4 siglos de la Iglesia primitiva, además el mismo San Agustín que tomó la interpretación alegórica del hereje donatista Tyconius, quien fue su autor en el siglo IV, como hace ver el P. Castellani, reconoce que su nueva interpretación (antes fue milenarista) no es segura, pues: «San Agustín advierte que no sabe si esta interpretación es buena o no, cosa en que no es imitado por ninguno de los actuales “alegoristas”, muchos de los cuales además incriminan de “heréticos” (y de ridículos, y de judaizantes, y de zotes, y de groseros, y de perturbadores) a aquellos que no gustan de ella». (El Apok. p. 294-295).

Bástenos de todo lo dicho, recordar lo que Mons. Cristino Morrondo trae en su magnífica obra: «Cornelio Alápide, Comentario del Profeta Daniel VII-27, aunque en variedad de lugares de su obra voluminosa, hace incesantes reparos a los milenarios, pero se vio obligado ante la evidencia del texto sagrado, a consignar sus condiciones diciendo: “Que el reino y la potestad y la grandeza del reino que está debajo del cielo loe ha dado al pueblo de los Santos del Altísimo, cuyo reino es eterno y todos los reyes le servirán y obedecerán... yo digo que es cierto que vendrá este reinado de Cristo y de los Santos, y que este reinado no será solamente espiritual como el que ha tenido siempre en la tierra, ya cuando se ha perseguido a los Santos, ya cuando estuvo sujeto a persecuciones y trabajos, sino que este reinado será corporal y glorioso; es decir, que los Santos con sus cuerpos y sus almas han de reinar con Cristo aquí en la tierra como reinarán eternamente en el cielo. Mas creo que ese reinado dará principio en la tierra en el momento de haber dado muerte al Anticristo, pues muerto este y despojado de sus dominios, la Iglesia reinará en todo el universo, y el redil lo compondrán judíos y gentiles y después el reino será trasladado al cielo y por toda la eternidad”». (Catástrofe y Renovación, ed. Tipografía de El Pueblo Católico, Jaén 1924, p.215).

Quedémonos con la advertencia que hiciera el P. Castellani a los que esperan un triunfo de la Iglesia sin la Parusía o antes de la Parusía: «Es el mismo sueño carnal de los judíos que los hizo engañarse respecto a Cristo. Estos son milenistas al revés. Niegan acérrimamente el Milenio metahistórico después de la Parusía, que está en la Escritura; y ponen un Milenio que no está en la Escritura, por obra de las solas fuerzas históricas, o sea una solución infrahistórica de la Historia; lo mismo que los impíos ‘progresistas’, como Condorcet, Augusto Comte y Kant; lo cual equivale a negar la intervención sobrenatural de Dios en la Historia; y en el fondo, la misma inspiración divina de la Sagrada Escritura. (...) El Apokalypsis es el único antídoto actual contra esos ‘pseudoprofetis’ ». (El Apok. p.367).

Por eso la diferencia entre los fieles en los últimos tiempos apocalípticos que son nuestros, será: «Lo que distingue a los verdaderos cristianos es que esperan la Segunda Venida». (Los Papeles... p.426). Por eso no hay que olvidar lo que dice el P. Castellani: «Los fieles de los últimos tiempos solo se salvarán por una caridad inmensa, una fe heroica y la esperanza firme en la Segunda Venida». (Los Papeles... p.135).

«Pero milenarismo y antimilenarismo representan en la realidad histórica hodierna dos espíritus, dos modos de leer la escritura, y de ver en consecuencia la Iglesia y el Mundo. De ahí la lucha». (Los Papeles... p. 412).

Esta es la razón por la que muchos inconscientemente no aceptan el Milenarismo Patrístico, hoy en día. Esperemos que esta recopilación sirva de luz para abatir los prejuicios y estar más expectantes que nunca, y se avive nuestra fe y crezca nuestra esperanza en la pronta venida de Nuestro Señor Jesucristo en Gloria y Majestad, y que así se haga realidad la gran promesa, para que seamos uno (ut unum sint), siendo todos un solo rebaño bajo un solo pastor con el triunfo de Cristo Rey y del Inmaculado Corazón de María, permaneciendo siempre fieles a la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, en medio de la Gran Tribulación de los últimos tiempos, formando el pequeño rebaño (Luc. 12,32) a quien el Padre celestial les dará el reino eterno.

P. Basilio Méramo  
Santa Fe de Bogotá  
Julio 25 de 2000  
Fiesta de Santiago el Mayor

